

# IMAGINERÍAS

**ACADEMIA NORTEAMERICANA  
DE LA LENGUA ESPAÑOLA  
(ANLE)**

Junta Directiva

D. Carlos E. Paldao  
*Director*

D. Jorge I. Covarrubias  
*Subdirector*

D. Alister Ramírez Márquez  
*Secretario*

D. Germán Carrillo  
*Censor*

D.<sup>a</sup> Ana M. Osan  
*Tesorera*

D. Daniel R. Fernández  
*Coordinador de Información*

D.<sup>a</sup> Rosa Tezanos-Pinto  
*Vocal*

D.<sup>a</sup> Nuria Morgado  
*Vocal*

D. Guillermo A. Belt  
*Vocal*

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)  
618 Gateway Avenue  
Valley Cottage, New York, 10989  
U. S. A.

Correo electrónico: [acadnorteamerica@aol.com](mailto:acadnorteamerica@aol.com)  
Sitio Institucional: [www.anle.us](http://www.anle.us)  
ISSN: 2167-0684 (impreso)  
ISSN: 2641-2055 (en línea)

Gerardo Piña-Rosales  
Manuel Garrido Palacios

# IMAGINERÍAS



Colección Pulso Herido  
Academia Norteamericana  
de la Lengua Española  
2022

*Imaginerías*

Gerardo Piña-Rosales y Manuel Garrido Palacios

Colección: Pulso Herido N° 22. Serie Mayor

Nueva York: Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

© De las fotografías: Gerardo Piña-Rosales

© De los textos: Manuel Garrido Palacios

© Del prólogo: Daniel R. Fernández

Primera Edición: 2022

ISBN: 978-1-7364191-2-0

Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE)

618 Gateway Avenue

Valley Cottage,

New York, 10989

U. S. A.

Correo electrónico: acadnorteamerica@aol.com

Sitio Institucional: www.anle.us

Ilustración de portada: Gerardo Piña-Rosales (<https://www.pinarosales.com/>)

Edición y supervisión: Carlos E. Paldao, Gerardo Piña-Rosales

Revisión Editorial: Daniel R. Fernández, Graciela S. Tomassini

Composición y diagramación: Pluma Alta

Impresión: The Country Press, Lakeville, MA 02347

Pedidos: acadnorteamerica@aol.com

La colección *Pulso Herido* está integrada por obras de naturaleza creativa en materia de narrativa, poesía, drama y ensayo, entre otros géneros, concebidas con calidad académica y orientadas a difundir el pensamiento y la creación en las distintas dimensiones de lo lingüístico, literario, socioeducativo y cultural del mundo hispánico, con el propósito de robustecer su profunda unidad. Las ideas, afirmaciones y opiniones expresadas en sus distintos volúmenes no son necesariamente las de la ANLE, de la Asociación de Academias de la Lengua Española ni de ninguno de sus integrantes. La responsabilidad de las mismas compete a sus autores.

Copyright © 2022 por ANLE. Todos los derechos reservados. Esta publicación no podrá ser reproducida, ni en un todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea fotoquímico, electrónico, magnético, mecánico, electroóptico, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Impreso en los Estados Unidos de América

*Printed in the United States*

*A Isabel Campoy y Alma Flor Ada,  
por su incondicional apoyo*



## ÍNDICE

### Prólogo

A manera de aldaba	15
<i>Daniel R. Fernández</i>	

### Alquimia de palabras e imágenes

Las fotografías	29
<i>Gerardo Piña-Rosales</i>	
Los textos	29
<i>Manuel Garrido Palacios</i>	
Arte anónimo	30
Vendedora de panecillos de maíz	32
El juego	34
A enemigo que huye, puente de plata	36
El camino se hace al andar	38

Historia	40
Luna de Alburquerque	42
Mientras la vida pasa	44
Pasamos por el tiempo	46
Areúsa	48
La bondad	50
El lazo	52
Hombre con pipa y bicicleta	54
Llueve	56
Soledad	58
Entre rejas	60
Quietud	62
La flor de piedra	64
Hablar por hablar	66
Así pudo ser	68
El meditante	70
Ciclos	72
Crónica intemporal	74
Sensación	76
Fábula	78



Recuento	80
Tejados	82
Pasiones	84
El perro y el hombre	86
Alabanza de lo simple	88
Conversación a media tarde (fragmento)	90
Hombre con perro y paraguas. Fandangos del pueblo de Alosno	92
La escalera y la puerta	94
La mirada del otro	96
Distancia justa	98
Modelo	100
Yo no soy yo	102
Interiores	104
Sonora	106
Botavara al paio	108
Mucho busto. El busto es mío	110
Instante	112
Dos figuras sentadas a la mesa	114
Relinchos	116
La flor	118

El teléfono del fin del mundo	120
Símbolo	122
Paso a paso	124
Cuestión perruna	126
Música en cualquier lugar	128
Como un juego	130
Canción al lubricán	132
Mágico	134
A tu menester, que es lo que sabes hacer	136
Hacia el mausoleo de Almutamid en Agmat. Marrakech. Marruecos	138
El león triste	140
El artista del fuego	142
El cosechador de palabras	144
Disparate	146
Así o asá	148
La campana canta para todos	150
La puerta	152
Teatro	154
Estremece el genio hasta cuando habla	156
Palabras, sólo palabras	158

La vida secreta de una silla	160
La duda	162
Autorretrato con bombín	164

### **Semblanzas**

Gerardo Piña-Rosales	169
Manuel Garrido Palacios	171
Daniel R. Fernández	173



## PRÓLOGO

### A MANERA DE ALDABA

Heme, aquí, estimados lectores, merodeando sin oficio ni beneficio por el umbral de estas *Imaginerías*, a punto de endosarles un prólogo que me temo será tan prescindible y enojoso como la casi totalidad de los prólogos habidos y por haber. Verán: siempre he tenido la sospecha de que este tipo de texto liminal no solo sale sobrando en la mayoría de los casos, sino que sale estorbando, pues estoy convencido de que un buen libro, como el que tenemos ante nosotros, no necesita de este tipo de puntal para sostenerse. Los narratólogos –osteólogos y médicos forenses de esos exquisitos cadáveres que son las obras narrativas de literatura– suelen contar los prólogos entre lo que llaman paratextos, que a mí no deja de sonarme a paraguas o paracaídas. Con todo, también es cierto que hay prólogos que no son ni paraguas ni paracaídas de las obras, sino más bien parte consustancial e indisociable de ellas. Sería inimaginable, por ejemplo, ver editado el *Quijote* sin sus imprescindibles prólogos, órganos vitales, válvulas palpitantes, de la obra. Inimaginables serían también obras como *A Tale of Two Cities*, *The Leaves of Grass*, *Lolita*, y *Romeo and Juliet*, entre otras, sin sus respectivos prólogos. En cuanto a este prólogo se refiere, me encantaría que fuera tan hermoso, gallardo y discreto como aquellos, pero me temo que este engendro mío, nacido de la pandemia y el encierro, será tan seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios sin ton ni son como lo es su desmañado progenitor. Pero bueno, no he podido negarme a garrapatearlo al ha-

bérmelo pedido Gerardo, que no es un buen amigo, sino el mejor de todos. Dicho esto, no me ofendería en lo más mínimo si decidieran prescindir de estas palabras liminares para pasar directamente a la obra realizada al alimón por Gerardo Piña-Rosales y Manuel Garrido Palacios. La puerta está abierta de par en par. No hace falta para nada usar este aldabón con catadura de gárgola –como las que tanto gustan al fotógrafo– para ser recibido en esta luminosa estancia y pasearse por ella como Pedro por su casa.

Para empezar, les he dicho ya que lo que tenemos ante nosotros es sin duda alguna un buen libro. No obstante, habremos de reconocer que cada lector tiene su propia idea de lo que es un buen libro, y que en gustos no solo se rompen géneros sino también a veces amistades, noviazgos, matrimonios, alianzas e, incluso, si nos apuran, naciones e imperios. Sea como fuere, y por lo menos para quien esto escribe, el buen libro tiene que ser una aventura, y cuanto más aventurada, más intrépida, más osada y sorprendente sea, tanto mejor será aprovechado el libro y tanto mayor el deleite recibido. Ahora bien, entre los buenos libros hay una categoría aparte, la de los libros raros, que son, a mi juicio y sin lugar a dudas, el *summum*, el no va más en lo que se refiere a experiencia lectora. Y cuando los llamo *raros* lo hago haciendo un *glissando* de harpa sobre la sonora escala de todas sus acepciones. Libros raros porque son poco comunes o frecuentes, porque son extraños y a la vez extraordinarios; libros raros porque no se comportan como los demás, porque te escatiman lo que esperabas; libros raros porque te sorprenden, te sobresaltan, te chocan, te sacuden y te sobrecogen. Raros son los libros que al leerlos hacen que te sientas como Alicia en el País de las Maravillas, como Gulliver en Bodinag, o como Juan Preciado en Comala. Raro y admirable es el libro cuyas primeras páginas

son una suerte de ábrete sésamo, un ábrete tierra que, ¡ay caramba!, que te tragan, que te engullen furiosas las fauces del Saturno de Goya, esa tenebrosa boca de la madriguera de conejo que te arrastra vertiginosamente por túneles y pozos subterráneos y que en menos de lo que lees media página y un conejo consulta su reloj de bolsillo, te ves arrojado con ímpetu sobre parajes insólitos y escenas insospechadas, en los que te ves obligado a tener trato y a habértelas con personajes estrafalarios, seres extraños que te retan, que te vejan y humillan, que se mofan de tus recelos y limitaciones, y que ponen en tela de juicio tu sentido de la lógica y visión del mundo.

Deliciosamente raro es el libro, en suma, que es una invitación, o más bien una exhortación a ver, a vivir y a desear las cosas no como son, ni mucho menos como deberían ser o quisiéramos que lo fueran, sino como ni siquiera teníamos la más mínima sospecha de que pudieran ser; libro raro es aquel que nos libera de nuestros pudores, de nuestros prejuicios, de nuestras ideas preconcebidas, que corta de un machetazo las amarras de nuestro bergantín en plena borrasca y que nos arranca la ropa a tirones dejándonos en cueros con nuestras miserias a la intemperie, desvalidos náufragos escupidos por la mar a tierras ignotas, como en los *Naufragios*, de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca –libro raro si los hay. Libro raro es, en suma, el que nos libera de esa camisa de fuerza que constreñía nuestros movimientos, de esa venda que nos cubría los ojos, de esa mordaza que nos callaba y de esos guantes de plástico que no nos dejaban tocar con las yemas de los dedos la erizada y desnuda piel de la realidad. “Ah, bueno, amigo, pues parece que lo que quieres tú es un libro para locos”, estará pensando más de alguno, a quien le contestaré alborozado que sí, exacto, ¡elemental, Watson, elemental!

En fin, les aseguro que todas estas divagaciones y rodeos no son en balde. Les endilgo todo este plúmbeo rollo, abusando de su bondad, porque es precisamente lo que pensaba mientras disfrutaba del libro que tienen entre sus manos, ya que es, inequívoca y flagrantemente, un libro raro. Y lo es por muchos motivos. Yo, por mi parte, les diré que nunca había leído –o más bien vivido, pues los buenos libros se viven más que se leen– un libro así, o, por lo menos, no exactamente así. Para empezar, el fotógrafo, Gerardo Piña-Rosales, es, a todas luces y como podrán comprobar, un incorregible coleccionista de exquisitas rarezas. En este recorrido alucinante (y alucinógeno) que están ustedes por emprender en las páginas que siguen, su vista se topará con varias de estas rarezas: en una de las páginas a continuación los recibirá un guitarrista que con mano de ganzáa les tocará unos mancos acordes en blanco y negro (157); en otra, sorprenderán a un presbítero nonagenario azorado ante el fagonazo del flash, esperando escuchar la enfurruñada voz de San Pedro, cegadora linterna en mano, recibéndolo con un ¿quién se atreve a tocar a estas horas? (39); en otra se enamorarán de una maniquí de hermosa cabellera a la que no le hace falta nada, ni siquiera cuerpo, para ser feliz y sentirse completa en la vida (49); también saludarán a un maduro y tatuado señor asomado a su ventana, que nos recuerda al caballero meditabundo y abstraído que se asoma tanto a los balcones de Azorín (45); escucharán la confesión de una bella joven enjaulada cuyo único delito fue haber nacido con corazón de piedra y haber amado en silencio con latidos minerales (61); se verán increpados por un vagabundo tuerto que, con un ojo pitañoso, les jurará haberlo visto todo, “toíto en la vida, bróder, al desnudo y sin lagañas, pero nadie me lo cree ya, por no tener dónde caerme muerto” (109); en otra página jugarán risueños al *peekaboo* con una dulce niña de edad propecta (135); en otra saludarán con



un *top of the morning, sir*, a un ricachón que se cree de verdad *on top of the morning, the world and everthing*, trasnochado dandy apoyado en el bastón de su inexpugnable autoestima, tan feliz y satisfecho de sí mismo y de su suerte, pero sobre todo, de vivir en *the greatest nation on earth* (153). No obstante, les diré que, en lo que a mí respecta, lo más raro de todo fue encontrarme ahí con mis tres gracias, las hermanas Royal, olvidadas vedets de la tristemente fenecida mecanografía (159). El fotógrafo –que solo me ha visitado una vez (vaya aquí mi más cordial reclamo)–, en un descuido mío, mientras iba a la cocina por el vaso de agua que con alevosía y ventaja aquel me había pedido, me las hurtó sin pudor ni miramiento alguno. Tanto que me había costado encontrarlas y adquirirlas para que con un simple apretón de disparador me las birlara, así como si nada y sin que ni siquiera me diera cuenta del vil atropello. ¡Con qué derecho! Bien mirado, no obstante, y para ser enteramente sincero, les confieso que por alguna razón no me molesta todo lo que debiera molestarme. De hecho, no me queda otro remedio que reconocer que mis consentidas lucen mucho mejor en la foto que en persona (¿o se dirá “en máquina”?). Es decir, como que me las devolvió mejoradas, o si no mejoradas por lo menos renovadas, como bañadas por otra luz. Sé que son las mismas, pues las reconozco de inmediato, pero a la vez es como si las estuviera viendo por vez primera, desempolvadas, tan limpias y rutilantes como el día en que salieron sonrientes al futuro de la fábrica que las dio a la luz en Hartford, Connecticut, allá por los años treinta y cuarenta del siglo pasado. Sospecho que este fenómeno se debe a que las estoy viendo con otros ojos, que no son los míos, sino los del fotógrafo, que sin duda alguna son muy distintos a los míos. ¿Y por qué negar que verlas así de nuevo, con otros ojos, me produce un extraño placer que no puedo reprimir por mucho que lo intente?

Aun así, no pienso exonerar al autor de los daños y perjuicios perpetrados en contra de mi persona y de mi hacienda: no nos engañemos, la fotografía puede ser un acto de suma violencia. El fotógrafo bien puede tomar una foto como aquel mariscal de campo invasor que toma a la fuerza un fortín, como aquel fiero vikingo o el corsario depredador que asalta una villa costera. Mas, a diferencia de estos, el invasor de cámara en mano y de sensibilidad artística –llamémosle así–, no quiere en verdad ni saquear la realidad ni asolar ninguna de sus comarcas, sino todo lo contrario: quiere enriquecerla, ampliarla, rendirle tributo añadiéndole otra dimensión de la que antes carecía o se ocultaba a nuestros ojos. Es decir, más que Atila, Genkis Kan o Ragnar Lodbrok, el fotógrafo es una especie de Alejandro Magno, siendo la magnanimidad, en el fondo, el motivo, el motor y el objeto de sus asaltos. Una vez perpetrado su asalto contra la realidad, nos deja sus ojos, su mirada a manera de regalo, en compensación por el ultraje, hermoso caballo de Troya en la soleada playa de nuestra percepción. Y no es poca cosa la mirada del fotógrafo cuando esta es verdaderamente insólita, rara, como lo es la mirada de Gerardo Piña-Rosales, mirada que nos enseña a mirar de nuevo, con los ojos del niño para quien todo lo que ve es un milagro, mirada que nos dice: quiero que mires esto como jamás lo has mirado antes; quiero que lo veas con otros ojos, distintos a los tuyos, que te salgas de tus conductos ópticos y lacrimales, de tus órbitas, tus retinas, córneas, pupilas y pestañas, esto es, que te fugues de la cárcel de tu perspectiva. Anda, toma mis ojos por un momento para que veas lo que yo estoy mirando, y lo mires todo como Marco Polo en sus viajes, como el bárbaro visigodo al llegar a Roma, como Colón y sus tripulantes al zarpar en la Española y como los atónitos taínos al catar a esa caterva de seres extraños de barbas hirsutas y bruscos modos, como ese atolondrado amigo mío, enemigo acérrimo de los prólogos, tan aquejado de nostalgias, cuando engulló con la vista,

en bazares callejeros y tiendas de antigüedades, esas reliquias mecanográficas que no pudo evitar comprar y que luego afanara yo para mi caverna alibabesca de tesoros digitales. Quiero, nos dice este empedernido mirón, que con mis ojos mires esto que te estoy mostrando y que al mirarlo aprendas a admirarlo, porque el que no admira es mentira que esté en verdad mirando, y el que no sabe admirar al mirar, amigo mío, francamente no sabe vivir.

Y bien, ¿cómo es esta mirada que nos regala Gerardo Piña-Rosales?, me preguntarán. Pues les diré que no es fácil ni definirla ni explicarla, pero vaya aquí por lo menos un muy somero conato a quemapantalla. La mirada de Piña-Rosales busca la dignidad en los seres y en los objetos periclitados, olvidados y abandonados, en las ruinas, en los desamparados, en lo que el viento se llevó o que está a punto de llevarse, pero no sin antes dejar su huella, su último vaho, su *memento mori*, sobre el sensor –que no censor– de su cámara. La mirada de Piña-Rosales es la mirada del trágico guerrillero, del francotirador solitario que busca la manera de librar una guerra desigual contra un enemigo infinitamente superior a todos nosotros, un Cíclope que aplasta todo a su paso, a ustedes y a mí incluidos, amigos míos. Hablo, evidentemente, del terrible Tiempo y sus desalmados lugartenientes: el olvido, el abandono, la incuria, la deserción, la ausencia, la omisión, la invisibilidad, la marginación, ah, y la más temida de todas, la muerte. Pero más que nada la mirada de Piña-Rosales es una mirada humanizadora, una mirada que tiñe de humanidad todo cuanto palpa con la vista a través de su objetivo. Mirada a través del lente de Gerardo, una maniquí abandonada deja de ser cosa sin vida para convertirse de pronto en un ser que reclama nuestros cuidados y nuestro cariño, nuestra voz y nuestros ojos. Un desamparado, un apestado, cuya mirada rehuimos y evitamos en nuestro

diario vivir, de súbito reclama nuestro tacto y olfato, nuestra vista para decirnos que no es un roedor sino un ser humano en todas sus dimensiones, incluso en algunas más que ustedes y yo no hemos podido desarrollar por estar tan protegidos y aislados por la insensible, aséptica y a la vez fragilísima cáscara de nuestros propios simulacros del éxito clasemediero, esas ruedas de desplazamiento para ratas que llamamos nuestras carreras y vidas.

En suma, la fotografía tal como la cultiva y la vive Gerardo Piña-Rosales es una manera de amar, de acariciar al otro y lo otro con la mirada, de regalarles un amoroso mimo a todas aquellas cosas y seres que el mundo desecha y busca esconder bajo la alfombra de lo actual, de lo vigente y novedoso. La suya es una campaña perdida, bien lo sabe, pero por lo mismo imprescindiblemente heroica, quijotesca. Sin importarle el qué dirán ni que lo juzguen de loco, cámara en ristre, sale alborozado al campo a la caza de cosas raras y exquisitas que el mundo desaira, menosprecia, desprecia y olvida en su marcha triunfal hacia el éxito y el futuro en ese desfile de bellezas de silicona y de cirugía plástica, esa pasarela de la juventud eterna del botox, de los influenciadores, de los presumidores y prosumidores youtuberos, llevados a cuevas todos, triunfantes, por sus legiones de seguidores, mientras nosotros también nos arrimamos al arco triunfal para arrojarles vítores y *likes* a estos césares que han logrado conquistar la realidad con la irrealdad. Y, sin embargo, en medio de ese barullo, de ese indigno y chabacano espectáculo, con el rabillo del ojo advertimos la presencia de un hombre barbado, de edad madura y anacrónica boina, que se aleja de la multitud con pasos seguros. Si lo siguiéramos, lo veríamos buscando en rincones y esquinas, en los callejones y arrabales olvidados, en

las casas abandonadas, en los rastros, en los vertederos, en busca de objetos y seres que los demás no quieren ni son capaces de ver.

Algunos de estos seres y objetos arrumbados y condenados al olvido y al silencio por el mundo habitan esta buhardilla de papel y tinta que tienen entre las manos. Parapetados detrás de las páginas, nos esperan para sobresaltarnos, para asaltarnos, para gritarnos, para espetarnos, míranos, aquí estamos: no han logrado acabar con nosotros, no nos hemos ido ni nos iremos mientras exista alguien que nos mire y nos quiera.

Como podrán comprobar en las páginas a continuación, la fotografía que Gerardo Piña-Rosales practica no es una fotografía de naturalezas muertas ni un frío ejercicio de taxidermia o lepidopterología. A este fotógrafo no le interesa atrapar mariposas con su cámara para fijarlas después, con fríos alfileres, en una lámina o en un estuche o vitrina de muestra. Lo que busca es poner ante nosotros los huevos, las larvas y pupas que han de cobrar vida en un estallido de colores y aleteos en nuestra propia imaginación. Ni embalsamador ni director de pompas fúnebres, lo que nuestro fotógrafo quiere es regalarnos vida pura, nacida de la libertad y de la imaginación, sin las cuales la vida no podría llamarse vida. En última instancia, cada una de sus fotografías es un reto, una invitación a la aventura de la imaginación sin límites, al flujo del deseo sin diques.

Cuan satisfactoria y plena sea esta aventura depende, por su puesto, de quien responda a este reto. Para nuestra enorme fortuna, Gerardo Piña-Rosales encontró al interlocutor, al interimaginador idóneo, en Manuel Garrido Palacios, autor de los fulgurantes textos

incluidos en este libro. En él se une la experiencia y sensibilidad de quien ha dedicado gran parte de su vida profesional a la cultura visual como realizador de televisión y cine con el don y la experiencia de la palabra del ensayista, etnógrafo, narrador y poeta de larga y lograda trayectoria. Describir lo que hace Manuel Garrido Palacios con las fotos de Gerardo Piña-Rosales se me antoja una tarea difícilísima. Bástenos decir que responde a la libertad creativa del fotógrafo con la misma moneda, moneda proteica y destellante lanzada al aire que nos muestra una cara distinta con cada vuelta. Sus textos no son pies de foto ni glosas; no aspiran a explicar ni a describir las fotografías, ni mucho menos pretenden completarlas o redondearlas. Sabe reconocerlas por lo que son: acertijos, enigmas, preguntas sin respuestas. Son, en una palabra, deseo puro, y el deseo, como nos enseñó Luis Cernuda –tan andaluz como Piña-Rosales y Garrido Palacios–, “es una pregunta cuya respuesta nadie sabe”. Y, sin embargo, ¿qué es el arte y la cultura sino el compendio de nuestros ensayos de respuesta a esta pregunta tan esencial? Las respuestas que Manuel Garrido Palacios ensaya aquí son de corte muy personal, incluso íntimo; responde al flash de Piña-Rosales con el fogonazo de su propia experiencia personal, de su propia sensibilidad creativa e imaginación. En este duelo de creación, en este mano a mano (o disparador a tecla), los fogonazos de Garrido Palacios toman la forma de ensayos breves, poemas, cantes, diálogos, monólogos, recuerdos, anécdotas, fábulas, divagaciones filosóficas y formulaciones hipotéticas. Vale apuntar, no obstante, que las imágenes de Piña-Rosales no son el blanco de estas descargas sino su punto de partida, la cubierta desde la cual descarga sus andanadas al mar de las posibilidades, la plataforma desde la cual lanza sus cohetes –sus fusées– baudelaireanos. De hecho, la relación entre imagen y texto muchas veces no es ni explícita ni directa. Si por un lado

pusiéramos las imágenes sueltas y por otro los textos, no sería tan fácil encontrar la correspondencia entre las unas y los otros en varios casos. Podríamos decir, incluso, que los textos bien pudieran editarse aparte sin necesidad de las fotos, como también podrían publicarse las fotos sin los textos acompañantes. Y, sin embargo, ambos perderían mucho con esta escisión, puesto que está clarísimo que se potencian entre sí, creándose una alquimia de singular efecto estético al verterse y mezclarse los contenidos de ambos alambiques en el mismo caldero en ebullición.

No he tenido el gusto de conocer a Manuel Garrido Palacios en persona ni había tenido la ocasión de conocer su obra hasta hace poco, pero he de admitir que la lectura de sus textos ha supuesto para mí un muy feliz hallazgo. Al igual que Gerardo Piña-Rosales, a quien sí tengo la dicha de conocer, Garrido Palacios tiene una imaginación embriagadoramente seductora, así como también una sensibilidad a la imagen y a la palabra decididamente rara, en el buen sentido de la palabra, claro está. Hay escritores que escriben como albañiles, colocando un ladrillo detrás del otro, con mazo y cincel para los puntos y comas. Y luego están los que lo hacen como alfareros, y cuya labor solo puede realizarse caricia a caricia, moldeando poco a poco, amorosamente, el barro de las palabras. Manuel Garrido Palacios está entre estos últimos. Consumado acariciador de palabras, nos regala ánforas para la libación de nuestros sentidos tal como también lo hace tan diestramente Piña-Rosales con sus fotografías. Estoy convencido de que a Gerardo le hubiera sido imposible encontrar a un contrincante de ajedrez más hábil para jugar en ese tablero que han elaborado juntos con toda la vitalidad lúdica del artista, para quien, como para el niño, el juego es lo más serio que pueda existir jamás. ¿Y a qué jue-

gan sobre este tablero? ¿A qué jugamos nosotros? Pues a vencer a ese terrible enemigo en tiempos de cólera de la película de Bergman. Sabemos que nos vencerá al final, que nos devorará uno a uno nuestros peones, caballos, alfiles, torres, nuestra dama y por último nuestro rey para asestarnos el fatal jaque mate. Mientras tanto no nos queda de otra que seguir jugando, tomando fotos, escribiendo, mirando, admirando y, en suma, disfrutando de los regalos raros que nos da la vida, como lo es este libro. Es lo único que puede darle sentido al juego. ¿Entonces qué? ¿Jugamos o no? Sale vale.

*Daniel R. Fernández*



# ALQUIMIA DE PALABRAS E IMÁGENES



## LA FOTOGRAFÍAS

Mis fotografías son momentos congelados en el espacio y en el tiempo de mi vida, registros visuales de una realidad a veces insólita, a veces incongruente, violenta a veces, y siempre múltiple, cambiante. Como en botica, como en cajón de sastre, como en un balúmbico archivo, estas fotografías mías aguardaban que una voz les confiriera el don de la palabra. Manuel Garrido Palacios, hombre de palabras, me devuelve mis imágenes abriendo una infinidad de posibilidades, hijas de su fecunda y lúcida imaginación.

*GPR*

## LOS TEXTOS

Antes de rodar escribo el guión y luego pongo las imágenes. En este caso, las imágenes de Gerardo Piña-Rosales van antes porque son ellas las que me dicen por dónde he de llevar la palabra. Me veo en la sala de montaje mientras pasan por la pantalla de la moviola historias, aparentemente quietas y mudas, captadas por Gerardo en las aventuras creativas que aborda desde que la fotografía se le cruza en el camino cuando su padre le regala, al cumplir los 15, una cámara Voigtländer con la que se asoma al mundo desde dentro del mundo.

*MGP*

## ARTE ANÓNIMO

Aldabones, bocallaves y otros adornos de las puertas son testigos mudos de la vida de las casas, sean chozas o palacios. Sobre ellas se tallaron a fuego las señas de identidad de los que las vivieron. De las fraguas de los pueblos salieron joyas con forma de gallo, lagarto, sierpe; falo, corazón, puño con anular y anillo y rostros imaginarios de entes protectores porque el mal huía al verlos, todo hecho con materiales que señalaban el estado social de sus dueños. El sentido artístico del herrero siempre quiso representar el pensamiento de sus habitantes, su amor, sus creencias, de lo que latía de umbral adentro. Si el marco del hogar conservó la sabiduría del pueblo y fue lugar de transmisión de una cultura, estos objetos testificaron cuanto entraba, salía o se quedaba en la casa, las conveniencias que cuajaron ante ellas: amores, odios, promesas, favores, adioses. Las puertas que sostenían estas pequeñas esculturas anónimas acogieron escenas de cortejo de novios, de cantos entonados mientras se tejía la labor de paciencia, de tomar el solecito, de juegos infantiles, de cuentos rancios, de trajes de lucimiento, rondas, rezos, esperas, duelos... porque una casa nunca fue casa hasta que su puerta no la cruzó un duelo.



## VENDEDORA DE PANECILLOS DE MAÍZ

Dulzura ofrezco, dulzura doy, dulzura se lleva quien pasa. Hacer esto me viene de mi madre y a ella de la suya, posiblemente. Todo posiblemente, hasta puede que la dulzura venga de más atrás, donde ya me pierdo en la propia dulzura. Quiero inundar la calle de dulzura, el mundo, la vida, a ver si tanto amargor amaina y de viento destructor pasa a brisa. Es mi deseo, mi oficio, mi quehacer, mi sueño. Pero todo sigue igual al final del día, cuando la dulzura que llevo en la cesta de panecillos de maíz se agote. Quien pasa y se lleva uno va con lo justo de dulzura para llegar a la esquina. Después, lo de siempre. Lo dulce y lo amargo conviven, o se intenta. Lo normal es gastar la porción y seguir camino, como cuando tu madre, como cuando tu abuela. Esto no cambia. Nunca sabe la cola del mundo qué trama la cabeza.



## EL JUEGO

Los perros buscan comida y pareja; pura esencia: pote y camada, por ese orden. Un perro dijo –aunque suene a fábula– que prefería ser perro y no amo porque el amo se mentía sin consideración a sí mismo, viviendo sin captar que, en el fondo de sus importancias, buscaba lo que él: comer y amar. El perro se asomaba a su tapia al atardecer esperando al amo, mirándolo con pena al verlo colgar la angustia del teléfono y, sin dejar la rutina, despachar nervioso mil asuntos a través del hilo, todo, para sacar en limpio un hueso mayor que el que él roía. Un hueso más. El perro lamentaba que el amo revistiera algo así con complicados esfuerzos, guardando la esperanza de que, alguna vez, abandonaría el error para regresar a la calma del simple vivir, sencillamente vivir, no por y para esto o por y para lo otro, sino por y para la vida misma, a la que había que valorar como juego apasionante a tiempo tasado, de una sola partida, del que ningún jugador poseía el don para cambiar las reglas, y que, si insistía en pisar terreno movedizo, perdería, además de lo que tuviera sobre el tapete, la emoción de cada envite, llámale momento mágico de una ronda.





## A ENEMIGO QUE HUYE, PUENTE DE PLATA

La acción que pudo dar pie a la imagen se produjo hace muchos años, o más, tantos, que el protagonista ya no vive en la ciudad ni en ningún sitio: no vive. Pero un día de su existencia quiso hacer algo, entrar en una casa por el balcón, que pudo ser la de su nacimiento, a remover nostalgia, a decir lo que nunca dijo a los ausentes, a buscar el diario olvidado en un cajón con huellas de huida o a nada, porque cuando se hacen cosas tan en silencio, es a nada, aunque haya motivo, que, al no saberlo, queda en nada. La intención se fue y dejó un trozo de aire con forma humana agarrada a un saliente del pasado para que no todo fuera negativo y lo contara un día la cámara mágica de Piña-Rosales, como la llama Alister Ramírez Márquez.



## EL CAMINO SE HACE AL ANDAR

La magia de la fotografía deja ver el pensamiento, voz interior que sólo uno escucha. La figura va amasando asuntos junto al muro en sus canalillos mentales para volver sin amasar, sin concluir nada, igual que ayer, para “lo mismo responder mañana”. Por ejemplo: qué clave usar para un arreglillo del mundo o, que el muro pide un baldeo para que no sea tan seco el “camino que se hace al andar”. Ese diálogo consigo es un instante de supervivencia en el eterno discurso con Dios, dice Rulfo, donde se retiene lo que trae vocación de resbalar por la rampa fatal del olvido. El gesto encaja con el verbo que debate estos líos en la sesera. La mano derecha de la figura, asida al bastón, da ritmo al paso decisivo de la pierna izquierda, a la voluntad de pedir cuentas de lo que no entiende, como efigie de Tebas trasplantada, sabiendo, como dice *El retorno de los brujos*, que “hay otros mundos, pero están en este”. A su derecha, el muro compacto le obliga a seguir en dirección única, aunque el asombro en la mirada declare que ignora para qué vino a estar en mitad del misterio de la existencia con tantos laberintos, o por qué se aposta en medio de la calle un señor llamado Gerardo para dar rango de documento fotográfico a un cura. Y brota de las miradas la misma pregunta sin respuesta, aunque desde un lado tenga tono inquisitivo de cura zamorano, y de otro, curiosidad de fotógrafo universal. Ahí se inicia la lucha de la luz y de las sombras, el lubricán de los diálogos íntimos, mientras cada cual camine luego, con o sin bastón, con o sin cámara, por ese “algo” entre dos nada al que llamamos vida.



## HISTORIA

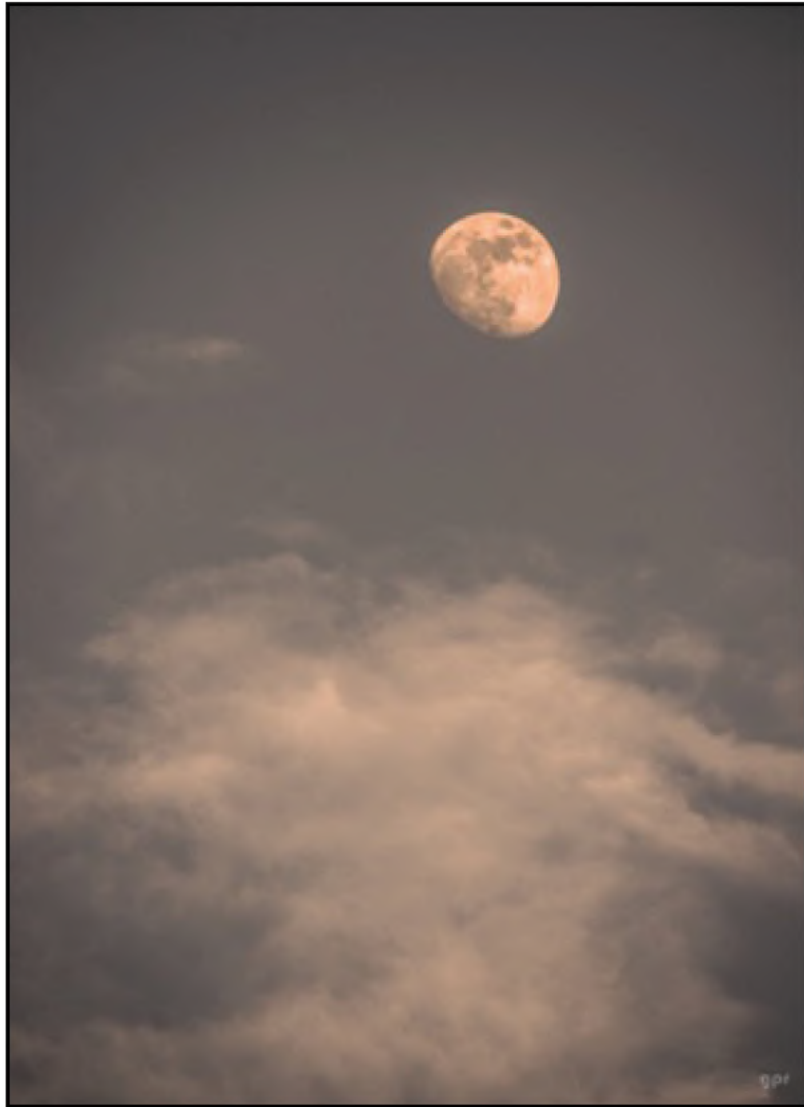
El perro es el único animal que quiere amo, o el único capaz de soportar al ser humano. A veces en mis andanzas encuentro un perro con este gesto que viene en dirección contraria. Igual salió de otro pueblo por la mañana y a mediodía llega aquí. Suele ir por el borde de la carretera, rara vez cruza campos. Al verme da un pequeño rodeo o descansa para preguntarme no sé qué con la mirada, con esa mirada, y luego retomar su camino. Es el perro que se abandona en el primer sitio a mano. Cansado de él, lo meten en el coche, se alejan de la ciudad, frenan, abren las puertas y le mandan salir. Después aceleran y dejan que el perro corra detrás hasta que el ahogo lo cerque. A partir de ahí se le ve vagar angustiado por la duración del juego impuesto. Una tarde, a una hora insulsa, ve un coche que viene, cree que su amo lo busca, se arriesga, sale a su encuentro en el camino y el impacto lo mata. Con el tiempo pasa de bulto sangrante en la calzada a cosa aplastada en la cuneta, a mancha turbia en el borde, a sombra sin nube, a algo irreconocible. Y nadie sabe su historia.



## LUNA DE ALBURQUERQUE

La Luna ni se peina ni sonríe. Le da igual que la miremos o pasemos de largo. No quiere ser molestada con nuestras ansias de poder, la lucha infinita por el plátano o las cosas con las que los terrícolas alcanzamos en cómodos plazos a la *felicidad*, en cursiva y con un móvil de regalo. Vestida de roca pura, luce un cartel invisible de “agotadas las bebidas”: en referencia al agua, no sea que el señuelo justifique una invasión. Es atractiva porque no lo es. La amamos porque es celosa de su misterio. Es el sueño de todo lunático que se precie hacer versos cuando la ve plena, deprimirse si mengua, ascender de cargo en cuarto creciente y saber que est  cuando se esconde. La Luna de Albuquerque es la Luna de la aldea de Casta uelo. Est  donde estemos y cabría preguntarle cómo nos ve desde su percha en el Universo. Cierto que sus respuestas mudas a ninguna pregunta nos condicionan: mareas, nacimientos, aullidos; pero ella parece aplicar el refrán distanciador: “ Amigos? Amigos. Pero el burro por la linde”. Sabe de ti y de mí, sin nombres. Nosotros sabemos de ella que es la Luna. “Algo es algo”, dijo el burro que comía la alpargata. Cuatro letras abarcan el misterio, no como escenario de nuestras fantasías, que siempre andamos con el “yo, yo y mi yo auestas”, sino como fantasía de nuestros escenarios.





## MIENTRAS LA VIDA PASA

Alguien sembró el árbol del que salió la madera para dar forma a la ventana. Alguien trabajó la materia de los hornos de la menestralía para sacar el cristal que la divide en horizontal, turbio del paso del tiempo: cuestión de pasarle un trapo húmedo o de dejarlo así, que hasta sirve de filtro a la luz intensa de mediodía. Alguien tejió la cortina que está recogida detrás de la figura y alguien la colgó inclinada con esmero para romper la oscuridad del fondo. Alguien coció los ladrillos que lo sostienen todo y lo enmarcan para que, en el instante en el que no iba a pasar nada, el inquilino mirara hacia la calle y viera que alguien reparaba en la armonía de detalles de su casa para valorarlos en una fotografía. Ese último alguien era, es, Gerardo, capaz de captar de una imagen toda su toda su hondura, esa que, que la mayoría de las veces, ni se aprecia.



## PASAMOS POR EL TIEMPO

Dijo el hombre al perro:

“Con lo que queda por hacer, hay quien deja caer los brazos que sostienen el alma. Con los sitios a los que se puede ir, hay quien no sale de su loseta: museos, músicas, gentes, colores, paisajes, pueblos, ideas, caminos que nos desasnarían en vez de atender al morbo del último chisme. Con lo que brinda el vivir para vivir, hay quien cree que fuera de su ombligo es el abismo. El tiempo no pasa por nosotros; nosotros pasamos por el tiempo. Nos iremos y el tiempo quedará como un circo en el que unos se jugarán la vida en el trapecio a la vez que los mismos se premiarán o se castigarán con palmas o pitos. Carne en pista o en la grada, lo más patético en todo tiempo será un mal payaso”.

El perro no dijo nada.



## AREÚSA

Se fue quien había entrado. Sonó la puerta como si lamentara la despedida. La joven que despachaba perfumes en el mostrador miró por encima de quienes iban en turno y apenas vio que salía. No hablaron nada entre la compra y la venta. Él dijo sin decirlo que estaba solo. Ella respondió sin responder que estaba sola. Creían, sin estar convencidos de ello, sin más espacio común que las miradas para discutirlo, sin más tiempo que el de pagar en caja, que la suma de soledades traía una soledad mayor o la derrota de ambas. Pero él se fue y ella quedó despachando perfumes, notando que su presencia desvanecía, que la conversación con los demás era un laberinto por el que huía una sombra. Asomada al cristal pensó que cabía haber discutido lo de unir soledades como lo único posible. Puede que la tienda de perfumes no exista ya, aunque ella siga en el escaparate atenta a una ausencia, y que nadie repare en ella porque las eternas esperas son crueles, hacen perder la mirada y convierten una figura en un ser inanimado, que sólo pretendía dar vida, ofrecer vida, recibir vida. Vivir.



## LA BONDAD

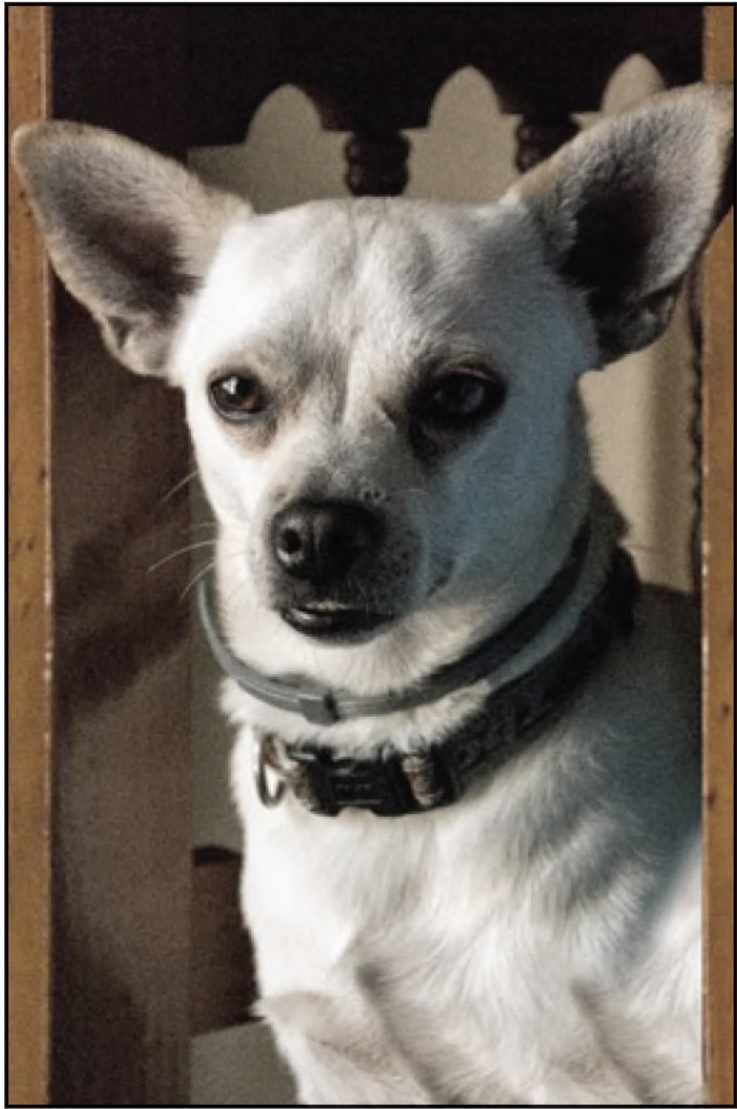
Si flotáramos en el río interno de la comprensión, cuyas aguas desembocan en el mar de la bondad –la más intrigante cualidad de la especie, en un acuerdo tácito entre tanto laberinto–, saldría de mediadora de excepción la imagen de la madre, que la posee, la sabe, la desarrolla, la da sin hacer gala de ello, sin mover una fibra, sin pronunciar una palabra más alta que otra. Bondad en estado puro, sin nada a cambio, ni siquiera una banderola para celebrar el día que suelen fijar los vendedores de todo. Su día debe ser cada día, desde que cae la tarde hasta que vuelve a caer, cuando ella se sienta en la soledad de una calle a darse un respiro mientras el mundo se estremece.





## EL LAZO

Aquí donde me ven soy de los perros menudos de cuerpo. Más que agredir, mi papel es el de defender lo que sea dando aviso con ladridos agudos, saltos, carreras, pero es el perro grande el que impone su presencia con su vozarrón y ya yo me callo; me echo en mi rincón y espero que pase el diluvio. Pero contaré algo común que nos hacen a los perros, del tamaño que seamos. El mercado es lugar por el merodeamos en busca de pitraco y encontramos golpes, patadas, desprecios. No por ello nos dolemos, ni porque sintamos chasquear encías echándonos fuera, ruido que forma parte de nuestro paisaje sonoro. Yo vivo en una casa con unos amos, y me refiero a mis colegas, los perros humillados, aburridos, esqueléticos, pero perros como yo, nombre que alguien tomó prestado para señalar a los vagos. El mercado huele a carne fresca, a verdura, y estos perros acuden casi en manada atraídos por un aire con un lejano regusto a pradera, a caza. Y de repente, los laceros surgen con la pértiga de argolla corrediza y a los perros se les siente chillar al ser atrapados, metidos en el carromato y llevados presos. De poderlo hacer, los perros achacarían su prendimiento a haber buscado sobras por el suelo, midiendo el castigo por procurarse un desperdicio como excesivamente duro. Los perros que, como cualquier individuo de otra especie, no saben para qué vinieron al mundo, viven ignorando qué hacen aquí hasta que llegan sus laceros. Cuestión espinosa la del sentido de la vida, con idéntica respuesta para el resto de las especies, la humana incluida.



## HOMBRE CON PIPA Y BICICLETA

Cuando el fotógrafo se apostó frente a la pared en la que se apoyaba la bicicleta, corrí lo que dio de sí mi inexistencia para salir en la imagen con el juguete que deseé de niño y no tuve. Pero mi prisa por rozar la posteridad no encajó con la del obturador de la cámara y sólo pude entrar en el cuadro de cintura para arriba con mi pipa. Lo demás sería el dibujo acelerado del sujeto que llegó tarde. O ni eso. Me quedó claro que no hacías lo que querías, sino lo que podías, y que a la historia no le iba a valer ni como documento la mitad del cuerpo, aunque, bien visto, es lo que pasa a diario cuando creemos conocer a alguien, que siempre te quedas a medias. ¿Quién hay dentro?



## LLUEVE

Si llueve, de poco vale lavar la camisa, dice quien corre al ver que arrecia. Un ayudante de Noé asomó un dedo en pleno diluvio y dijo más o menos lo mismo: “Si sigue así, tendremos lluvia”. Llueve sobre la soledad, la verdad, la mentira; lluvia del alma es el llanto. A veces las nubes preñadas pasan para romper aguas más allá, incluso mar adentro, que la lluvia lo hace crecer. La persona de la imagen ha leído la intención de la lluvia al medir lo que ha tardado el trueno tras el relámpago, previendo que, de un menudeo de tres gotas, pueda llegar al vaciado de tres mares, porque la tarde no se serena; el viento solano la caldea, el ábrego la enfría y esto anuncia abundancia de agua en ríos y pilones, en los que habrá que ahuyentar a las avispas con albahaca, menta o laurel. Que llueva, que el campo verdee y se empape la vida, que las nubes abran compuertas y suelten lo que les sobra. De llover fuerte se mojará la bella imagen captada por Gerardo Piña-Rosales y pasará lo que dicen los versos de José Manuel de Lara:

*Está lloviendo. Llueve  
interminablemente, desde el alba.  
No se ve el cielo  
ni se ve la tierra.  
Solamente el agua.  
Silencio.  
¿Qué decir  
sin que no se me mojen las palabras?*



## SOLEDAD

Me estalla la cabeza con esta tormenta. Peor el torbellino que me bulle que el que nos cerca. Sentado en la escalera, apagado el anafre y el cazo de café gastado a sorbos, sólo soy lo que Dios disponga. ¿Y tú, perro sin nombre, de quién eres? ¿Por qué no huyes si igual caen los muros con ambos dentro? El resplandor de la llama interior es la luz que poseo frente a las arcadas del cielo furioso, y creo que mis palabras no alivian tu miedo al sentir cómo braman las olas fuera de la casa por volver mar adentro sin presa aún. No entiendo tu presencia. No eres mío y me guardas; no sé tu nombre y acudes a mi gesto; barruntas el peligro y te me quedas a compartirlo a mis pies en este lugar poblado de ausencias. Sólo desesperas cuando hablo con alguien a quien no ves. Y yo no sé cómo decirte que algo así es la soledad.





## ENTRE REJAS

Quien me vea detrás de esta reja podría pensar que me trajeron para adornar el patio junto a las macetas. No juzgo lo que le bulla a cada cual en la cabeza, incluso que soy una estatua sacada de un informe montón de materia, que estaría bien, con enjundia y condimento poético. Pero no es así. Nadie me trajo ni me concedió el privilegio de estar en este sitio. Yo estuve ahí siempre, nací ahí, casi transparente, con mi gesto tímido al cubrir mi desnudez, la mirada perdida en la indiferencia, dando vida a mi porción de espacio, como fruto del buen hacer de un artista que hizo su obra teniendo como única medida al ser humano. Luego vinieron otros para poner a mi alrededor el patio, los ladrillos, las macetas y la reja, visible a veces, invisible casi siempre. Filtro, al fin, tras del que estoy desde entonces sin saber para qué, como cualquiera.



## QUIETUD

Memoro mi niñez en este banco  
y me veo correr por esta acera  
gritándole a la ausencia que me espere,  
sabiendo que es la vida una moneda,  
que tiene en una cara mi pasado  
y en la otra el futuro que me espera,  
mientras juego en el borde de ambos lados,  
asombrada de lo rápido que rueda.



## LA FLOR DE PIEDRA

Me cubro el rostro con mis manos para no atraer el interés de quien pase por lo que siento. No diré que estoy en pleno llanto o en disimulada alegría. Eso sería el meollo de mi estado, que a nadie importa. Sea lo que sea, es mío para el gozo o el sufrimiento. No lo voy a reprimir; lo suelto en este sitio solitario donde pasaremos como dos nadas. Con el llanto o la risa van palabras; si hilo unas cuantas, casi puedo contar mi historia, tan breve es; pero ni eso haré. Pasar desapercibida es lo que me pido y lo que pretendo. Tiempo habrá para otras cosas. Sé que hay sobre mi cabeza una flor de piedra que me aplastaría si se cayera, pero no le temo. La vi antes de sentarme y la voy a usar de sombrero, como un quiebro al toro de la vida, que hoy vino triste o alegre a recordarme que cada día amanece para lo uno y para lo otro.



## HABLAR POR HABLAR

—¿Qué te cuentas, vecina?

—Que dicen que en el mundo hablamos seis mil ochocientas lenguas, de las que van a quedar la mitad en unas décadas; luego irán bajando a unas pocas, a dos, a una y, al final, a ninguna. Nos dejarán sólo las muecas y seremos seres gesticulantes, ahorrando oxígeno, que limpiará el aire con idea de mejorarlo. Ante tanta perfección será necesario inventar torpezas para compensar nuestra incapacidad de sentir, colgando altavoces en las esquinas para recordarnos el silencio a guardar pase lo que pase. Descartados los llantos de pena y los jadeos amorosos, acabaremos siendo porciones de la aburrición siguiendo las ocurrencias del encargado de amuermarnos, sin llevarle jamás la contraria, no sea que crea que nuestra opinión persigue moverle el sillón, que será lo único sagrado que quede: el mueble.

—¿Y para cuándo será eso, vecina?

—No sé. Fecha no hay, pero...





## ASÍ PUDO SER

En un tiempo remoto, alguien sopló un hueso hueco, una caña hueca, el aire buscó salida y creó un sonido nuevo para el ser humano, que aún no llamó melodía. Luego rozó sus dedos por unas tensas tripas secas y creó otro sonido, que no llamó acorde, ni al golpear algo con un palo le llamó percusión. Un día recordó todo esto y notó dentro de sí un palpito nuevo, a lo que no llamó sentimiento. Al repetirlo, vio que le era grato hacerlo lento o rápido según su estado de ánimo, a lo que no llamó ritmo, ni aire, ni nada porque era expresión pura, asombro, misterio. Frente a no saber llamar a cada parte de ese todo ni al todo mismo, aquel alguien y los que le siguieron gozaron del privilegio de trenzar el arranque de uno de los grandes hitos de la evolución de la especie: la Música. Desde el tiempo remoto a Bach, Mozart o Beethoven mediaron milenios, lo que no resta, sino que suma la posibilidad de compartir que el milagro pudo ser así.



## EL MEDITANTE

Cada persona que pasa por aquí deja algo. No me importan tanto las monedas que pudieran caer en la gorra que nuestro como lo que ellas hablan bajito, no sé si porque me creen sordo o porque me he roto un poco y si me tocan temen la rotura total. Hay quien le pone lirismo a su párrafo y suelta que soy como un tallo de maíz doblado por el viento. Otras voces creen que mi postura obedece a mi afán por mirar a las alturas a ver si son más generosas que las bajuras. Hay quien se pone a mi lado y me imita queriendo descubrir el secreto. Luego cae en que cada uno en lo suyo estará mejor. A veces canto, pero la mayor parte del día medito, que es postura idónea, digan lo que digan, para los más bellos pensamientos. Si en vez de especular se comunicaran conmigo, se enterarían de todo. Les diría: “Yo soy el prójimo que pasa a tu lado sin que repares en él si no hace cosas que requieren tanto esfuerzo; o sea, un ser humano más, como cualquiera”.



## CICLOS

Te levantas como quien acaba de dar con lo que buscaba sin saber qué era. No lees la prensa porque está en blanco; sólo te paras en la hoja que luce un pico roto por el que un anuncio ofrece esperanza a bajo precio. Un cartel invisible pregunta por *“la bartibé del vagand”* y la indiferencia responde: *“Oxjana pruni”*. Luego te topas con el barruntador de turno, del que huyes y, a la hora del té, se sienta a tu lado la tristeza en forma de amistad con su equipaje de quebrantos. La llevas al mercado para que palpe la vida pujante y la tristeza en forma de amistad te habla, la escuchas y crees que la tensión se ha diluido, pero la tristeza ya habita en tus sesos y no sabes salir del brete si no la arrancas de cuajo, mientras ella no deja de majar en la marmita de tu mente su laberinto. Ya que te lo pasa entero, cierra el monólogo diciéndote fríamente que no te necesita porque tiene clara la solución. Entonces le pides que otra vez mida su angustia y no la derrame en el prójimo, pero pronto vuelve a llamar a la puerta, desesperada, con lo que todo retorna al punto cero, quiebro tras el que se reinicia el ciclo porque el mar está vacío y la tristeza trae voluntad de llenarlo.



## CRÓNICA INTEMPORAL

Un coloquio a tres es un venero para seguir el rastro de un tema. Arte es hablar; arte escuchar, y más, si se trata de cultura, palabra a la que toda definición mengua. Decían...

—Cultura viene de dar culto a lo superior y guarda su halo místico. Si se pregunta a un grupo qué es cultura, las respuestas sonarán imprecisas, etéreas...

—Creo que es un conjunto de conocimientos del ser humano que tallan su mente, su personalidad, su sensibilidad...

—Lo superior son las obras del pasado con rango de modelo para la humanidad; no confundir sabiduría con datos.

—Ni hambre con ganas de comer; no digo cultura provinciana, que ve su ombligo como centro del universo sin notar que hay más ombligos. La cultura es alimento del alma y nunca hubo empachos por un atracón, sino sensación de abrir caminos.

—Veo la cultura personal, la que se comparte y la que se universaliza entrando en las otras; pero el origen de cualquiera tiene que ver con la escuela primaria, si es pública, mejor.

—La cultura ha de nacer libre. En la mitología está segando a su ras para cortar cuanto crezca más que ella.

—Yo la veo como el grano que queda en la era cuando se aventan la paja; es lo que se sabe al olvidar lo demás.

—Sé un cuento en el que cruzan el río en un bote un sabio y el botero. Pregunta el sabio: “¿Sabes latín?” Dice el botero: “No”. Y el sabio sigue: “Estás perdido. ¿Y griego?” Dice el botero: “No”. Y el sabio, dale: “Estás perdido”. A medio río, el bote zozobra y los dos caen al agua. El botero pregunta: “¿Sabe nadar?” Responde el sabio: “No”. El botero cierra: “Quien está perdido es usted. Yo aprendí a nadar de niño en la escuela”.

Salí de la sala pensando en sacar algo en limpio de todo esto.



Por la  
Escuela  
Pública

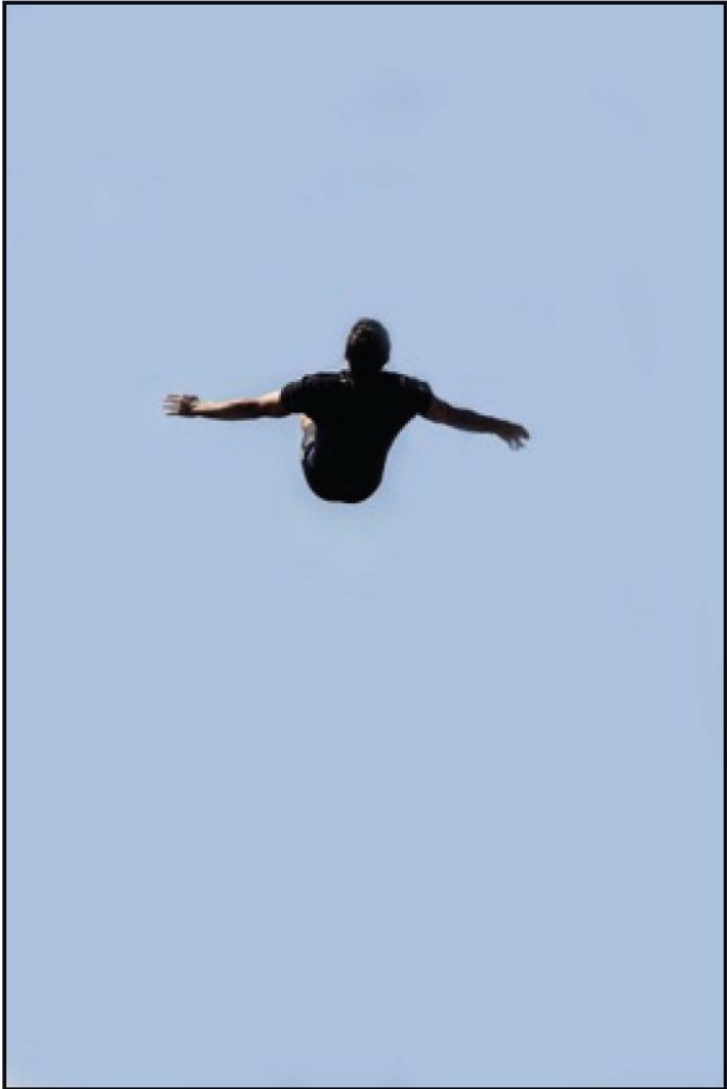
## SENSACIÓN

La biografía de quien crea o recrea música tiene dos partidas de nacimiento. Una refleja el día, mes, año o siglo de su asomo a la vida. Otra habla de su primer concierto: un ritual de tal magnitud íntima, que jamás se le desprende el rango de estreno, de ser desde ya y para siempre el momento en el que se lanza a medirse ante un público. Su crecimiento o mengua tendrá que ver con el encuentro con esa grada, que aplaudirá con más o menos entusiasmo, ajena en parte a que lo que se le ofrece es el fruto de unir un misterioso privilegio de la naturaleza, no fácil de compartir desde la butaca, con un duro e ignorado trabajo de estudio. El artista convierte entonces la sala en un espacio mágico, su perfil se enriquece, brilla, las luces de fuera se matizan y las del alma alcanzan su plenitud para que surja el milagro de la expresión, sea el arpa u otro instrumento el medio. Es cuando el intérprete recrea lo creado aportando un nuevo ángulo desde sus propias sensaciones, porque, sin duda, el arte es sensación o es otra cosa.



## FÁBULA

Minos apresa en Creta a Ícaro, que construye dos alas de cera para escapar volando. Olvida con la prisa los consejos de Dédalo y, en su euforia, se acerca al Sol, que le derrite la cera y lo precipita al océano. Lo que no dice la fábula es que, a partir de ahí, Ícaro asoma a menudo por el cielo que nos techa, no se sabe si por retomar el camino cortado o por exhibirse, que cabe. Quien lo ve cruzar las nubes le preguntaría, ya que viene desde remotas épocas, si nos ayudaría a conocer lo que ignoramos de nosotros mismos, que es casi todo, aunque él evita a los preguntones y se ciñe a mantener su rumbo con mirada limpia en su mar de aire. A veces surge por ahí quien cree ser un Ícaro que recorre el mundo creado, pero en esto pasa un autobús y lo asusta, con lo que ve que no es Ícaro, ni viene de un ayer mágico, ni está preso en el laberinto del Minotauro, sino un cuerpo que cruza el desierto de una generación sufridora, cuyo sitio en la sociedad sólo ocupa un número. No a éste, sino al Ícaro fetén, este escriba le pediría que se hiciera unas alas más fuertes, con trozos de almas en desuso, que resistieran su estancia por aquí para contarnos a lo crudo, sin andar con aquí la puse, qué hicimos mal o qué dejamos de hacer para ser mejores, para ordenar este escenario común en el que interpretamos la comedia humana, para ver dónde estuvo y permanece el error, para ser un poco más felices, sencillamente.



## RECUENTO

La mano, la taza, el pelo, el rostro, el gesto: puntos de luz para las sombras que envuelven el instante en su celofán de tiempo. La mano, me quedaría en la mano; o la taza, objeto inanimado con su hebra invisible atada al cuadro; o el pelo, como un film remoto que ha virado del negro profundo, cruzando el malva, al blanco más profundo aún; el rostro, que limita la mirada perdida en el mar de tila y albahaca, libado a sorbos, como el verso a verso de un poema; o el gesto, que se inclina y calla porque es sabiduría no decir más de lo sucinto. Hace un rato jugaba a la comba en su patio y, en un breve salto de años, arribó a este ahora en el que la mano que tanto bien hizo, se eleva a medio impulso para no caer. Lo demás que contiene la foto es tan suyo, que ni lo rozo con la palabra. Dejo que suene el silencio mientras ella se cuenta su vida.



## TEJADOS

Me pregunto quién vivirá en la casa solitaria del monte o qué habrá bajo el tejado de una choza o un palacio. Me lo pregunto por saber si habita en algún sitio la felicidad, no la aparente que da el poder, sino la que hace que la casa se ilumine con la presencia de vida en ella y permite gozar del sentimiento. La respuesta a mi pregunta podía ser porque ahí se nace, se vive y hasta se muere, imaginando que sea un lugar donde, en vez de odiar, se ame, en vez de usar el sillón como catapulta personal, se ame, en vez de engañar, se ame, y mientras haya vida, se ame. Son respuestas que quizá hubiera obtenido de haberlas preguntado. Pero como no pregunté, la respuesta quedó en el aire, Dylan, como el secreto de cada casa encendida. Por eso me lo sigo preguntando a diario, esté donde esté, sin esperar respuesta alguna, para figurarme que podría ser la que imagino. ¿Qué impide tener un sueño en mitad del misterio de la vida?





## PASIONES

Se vive una semana de pasión, la pasión de una semana o se lleva la pasión puesta cada día. Pasa lo uno, lo otro o todo, según dice un costalero que va bajo el paso de una procesión, que cuenta las fechas que faltan para la siguiente. Hay quien dedica su pasión a revivir en público hechos religiosos, y hace de una calle la vía sacra para recordar lo que pudo ocurrir en época remota, tan filtrado en el tamiz del tiempo. Eso despierta la pasión mística, donde se pasa del sacrificio de la tarde al gozo de la noche, del recogimiento del alma al éxtasis de una catarsis. Cada pasión lleva sus costaleros anónimos bajo el paso para que el sentimiento estalle fuera y suceda el prodigio que dicen que sucedió: cuadro donde la luz se hace brazo para llevar las imágenes, que, si no son las genuinas, valen para fijar su creencia protectora. En la pasión humana, se sigue siendo costalero, aunque solitario, porque somos costaleros siempre, sea soportando la carga de los pasos comunes o arrastrando la sutileza de los íntimos por la empinada cuesta de la amargura, agradeciendo el favor, llámale milagro, concedido, cosa que, por ser tan humanos, no entendemos como esa pasión nuestra, presente en cada rincón del mundo, que las voces expresan en verso para ser cantada:

*Paso las grandes pasiones  
lo mismo que pasa el fuego,  
el tronco levanta llama  
dejando rescoldo luego,  
hasta que al final se apaga.*



## EL PERRO Y EL HOMBRE

El hombre tiene un gesto que suele asustar al perro y lo hace huir: es el de agacharse y simular que coge una piedra del suelo, se la tire o no. El perro se espanta y busca distancia sabiendo que en la lejanía será más difícil que el hombre le acierte. Raro el que no responde de esta forma. Una vez un perro se quedó quieto, mirando, retador, al hombre; esperó que se agachara, cogiera la piedra y la alzara en ademán de arrojársela, añadiendo al gesto agresor pateo y grito. El perro permaneció inmóvil, sus ojos clavados en los del hombre, preguntándole en silencio: ¿Por qué? El hombre bajó la mano, dejó caer la piedra y llamó al perro a su lado. Entonces el animal movió el rabo y surgió en ese instante un diálogo mudo, que perdura. Así pudo ser.



## ALABANZA DE LO SIMPLE

Se ve lo simple que es todo: una pared encalada y un rectángulo para encajar el antepecho de una ventana, cerrada con cristales, matizada con visillos, en cuyo borde inferior ha sembrado una alondra una planta y, quien habita la casa, ha colgado de la baranda macetas de las que emergen, en lucha por la vida, tallos sedientos con flores lacias. Son simples datos que no dan para una historia al uso, de las de sota, caballo y rey. En apariencia, rasgos con los que no cabe ni trazar su argumento, aunque las plantas se hagan compañía, que, con imaginación, valdría. Esto pasa en la visión externa de la casa. En su interior se suponen elementos con otra enjundia; no verlos es negarles su existencia y ser parte de esa historia, incluso ser la historia misma, caso de contarla, o amasaría, con lo de fuera y lo de dentro, lo que se ve y lo que se oculta, lo que se sabe y lo que se ignora, lo que se quiere y lo que se puede. Pasa así en la ventana más simple y en la más complicada, a cualquier hora, en todo lugar, en cada ser humano y en todo lo opuesto a lo retorcido. Einstein decía: “Dios es simple, lo complejo es lo demás”.



CONVERSACIÓN A MEDIA TARDE  
(fragmento)

Le pregunta uno a otro qué hace allí.

—Nada –contesta rotundo:

La pregunta se limita al sitio en el que hablan, sin ampliar un centímetro más allá. El otro la entiende así al principio; pero al observar el silencio del primero, cree leerle el pensamiento y universaliza la respuesta:

—Aquí no hacemos nada ni usted ni yo ni el perrillo que trae, que estamos de más por los siglos de los siglos.

—Amén.





## HOMBRE CON PERRO Y PARAGUAS

Fandangos del pueblo de Alosno

1

*Mi perrilla murió anoche,  
bajo un árbol la enterré,  
fueron los males de invierno,  
esos que llaman vejez.*

2

*Si mi corazón te estorba,  
anda y échalo a la calle,  
que se lo coman los perros,  
si es que no lo quiere nadie.*

3

*Vecino, dame un cigarro  
de ese tabaquillo fuerte,  
que en la puerta del estanco  
hay un perrillo que muerde.*



## LA ESCALERA Y LA PUERTA

Hay imágenes que no piden palabras; apurando: o ninguna necesitaría que un escriba sentado les añadiera las suyas. Una imagen habla por sí misma y, si enmudece, es para que la mente, vaga a estas horas, trabaje, la interprete y saque a oreo toda la carga fascinante que ofrece su silencio. Sería gastar tinta decir que esto es una puerta sobre la que hay apoyada una escalera. Pero como discursos cortos mueven el alma y largos el culo, repetiré la brevedad que soltó un día un sochantre en un templo. No le gustaba su oficio y hacía lo que se terciara, perdiendo cada tarde el norte hasta que el cura descubrió que libaba a escondidas el vino reservado para la misa. Ante un puesto difícil de cubrir, el cura sacó fuerza de su desgana y le encargó que subiera al púlpito a explicar el milagro de los panes y los peces. El sochantre, con la mente ida, dijo:

—Ocurrió que entre cinco fieles se comieron cinco mil peces y un bollo.

El cura le salió al paso:

—Pero no pudo ser así. Se hubieran muerto de un cólico.

El sochantre remachó:

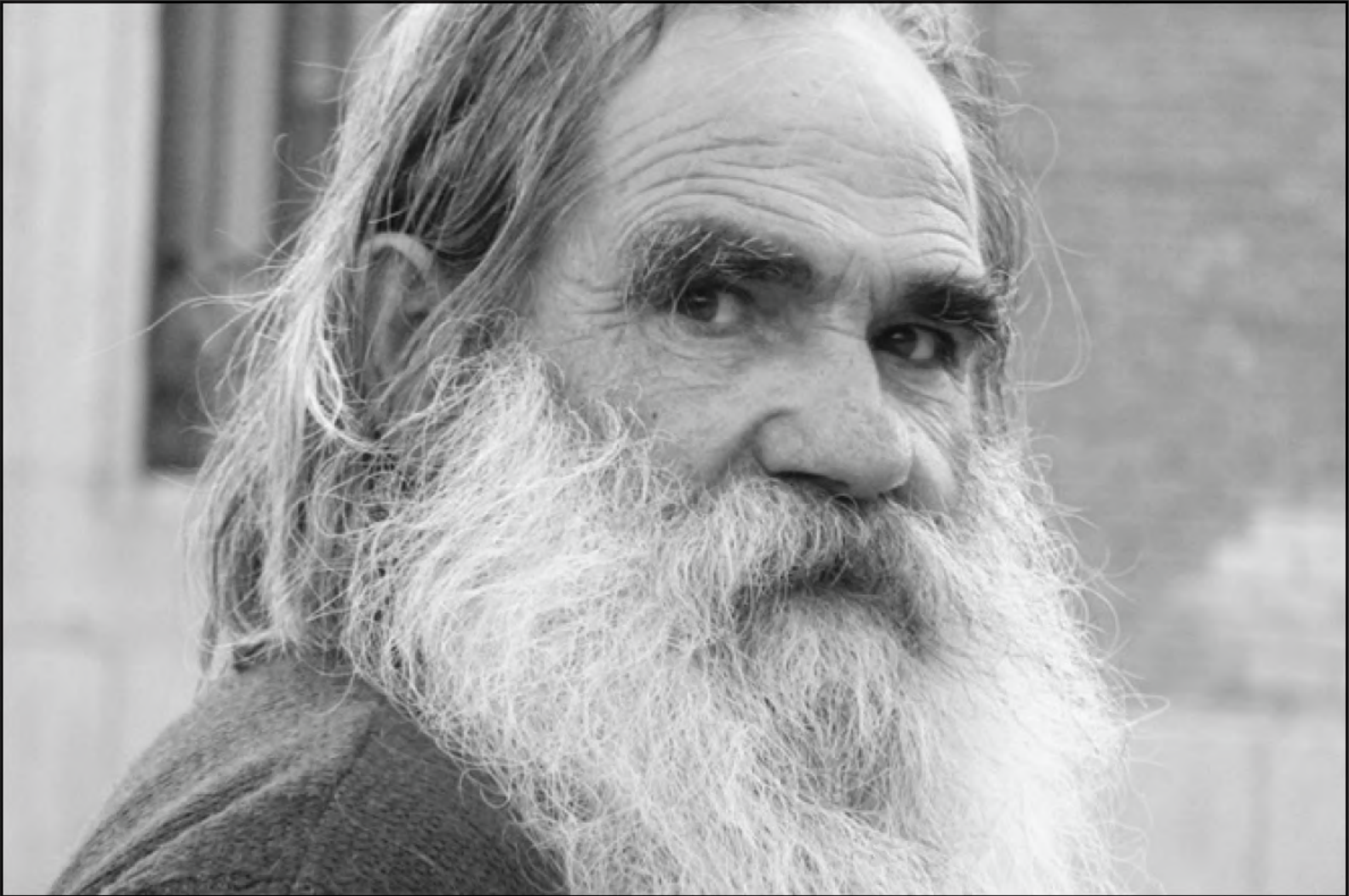
—He ahí el milagro, que los cinco fieles se comieron los cinco mil peces y el bollo y no les pasó nada, absolutamente nada.

Volviendo al principio, de haber tenido que explicar el sochantre por qué la escalera estaba apoyada en la puerta, igual hubiera dicho qué sé yo.



## LA MIRADA DEL OTRO

El ojo de la cámara mira a quien pasa, lo sorprende, hace que devuelva la mirada y sucedan cosas. La máquina se queda con la imagen y el hombre con la duda. Detrás de la cámara está el fotógrafo, sin tiempo para andar con lienzos, lápices o pinceles para llevarse lo que cabe en el parpadeo del obturador. El retratado ve que alguien dirige a su rostro un brillo redondo y que se va con lo que pretendía. Pensará que ha llamado la atención su barba a lo Da Vinci. El artista se afanará en el laboratorio en oscurecer la imagen para acentuar matices. Con o sin cámara, con o sin barba, pasa a diario en el cruce incesante de humanos. No se verán más, pero se han visto y quizá uno, otro, ninguno o ambos, han pensado en cómo somos cuando somos lo que somos: un observador con cámara y un observado con barba, un yo y un otro a la vez. Este es el esquema del guion. Lo que sigue puede ser una historia de las que asaltan la mente con la misma cuestión para todo el elenco que la interpreta: dos actores y espectadores en escena, con un diálogo mudo: “¿Y si yo fuera ese? ¿Y si ese fuera yo?”. Juan Ramón Jiménez abre el laberinto y dice: “*Yo no soy yo, / Soy éste que va a mi lado / sin yo verlo*”. La foto sin respuestas trae el encanto de una obra inacabada: ella sola cierra su ciclo. Es toda una historia.



## DISTANCIA JUSTA

Ver algo desde lejos hace que el aire de la vida corra entremedias y limpie de hojarasca el cuadro. Los perfiles se cruzan y componen lo que algunos llaman objetividad. Ver algo desde su cénit facilita la comparación de las dimensiones externas y nos aleja de los latidos interiores, esos que sólo se expresan con el sentimiento. Ver algo desde abajo les enfatiza el cuerpo, achica el alma. Ver a ras del ser humano, hace que éste se mida con las imágenes. Ver algo hasta casi rozarlo con los ojos es acceder a una porción corta, aunque en una mirada pueda caber todo. La pregunta viene sola: ¿cuál sería la distancia ideal para ver lo que nos rodea? La respuesta sigue el discurso: hacer que lo que vemos lo vean otros porque, si las visiones propuestas, o por proponer, no se comparten, no existen.





## MODELO

Se diría que no hay nada bajo esa piel de plástico, esa carcasa abandonada, pero dentro habita el espíritu que la ha vestido y puesto ahí, junto a un matorral, descuidada de sí misma. Acuden a la mente versos de Borges, Jiménez..., que hablan de “no soy yo, sino ese otro que va conmigo sin que lo vea”, misterio aplicable a la imagen inanimada del maniquí y a la de cualquier ser humano en su laberinto vital, dejando la sensación de ignorar cada cual de sí mismo más de lo que sabe. La imagen retratada tiene un brazo pintado de color distinto al otro y la mano tendida para un tímido saludo a ciegas. Es la forma. En el fondo, el espíritu que la habita ofrece con el gesto un afán de comunicación, de paliar la soledad, de expresar, como los poetas, ese “no soy yo”, sin necesitar palabras.



## YO NO SOY YO

Las personas que pasan y me ven apoyada en el poste con el rótulo, pueden pensar que se trata de una parada obsoleta de autobús y que soy la viajera que llegó tarde al último trayecto; o al revés: no es que perdiera ese autobús último, sino que espero al primero que venga porque hoy estrenan la línea y así cojo buen asiento. O que he creído que el poste va a sostener mi cuerpo si mis fuerzas fallan. O que la rala sombra que da el tubo me alivia del calor en la tarde ardiente. Es difícil saber qué piensa quién te mira y pinta en su mente el motivo que le bulle, y algo de cierto parece haber en que somos como nos ven, no como creemos que somos. Un poco de todo. Un mucho de nada. Dice el cantar de Machado:

*El ojo que ves no es  
ojo porque tú lo veas;  
es ojo porque te ve.*

Lo cabal es que te convierten en un rompecabezas. Quienes pasan colocan en el aire una pieza de ti al verte apoyada en el poste junto al ojo rectangular de la casa: la ventana, desde cuya penumbra interior también te observan.

Así que no me quebraré la sesera con lo que puedan pensar quienes me vean apoyada en el poste, que igual es una señal de aparcamiento. Lo cierto es que estoy ahí, simplemente, porque no estoy allí y no poseo el don de la ubicuidad para ocupar dos sitios a la vez. Sinceramente, es sólo por eso.



## INTERIORES

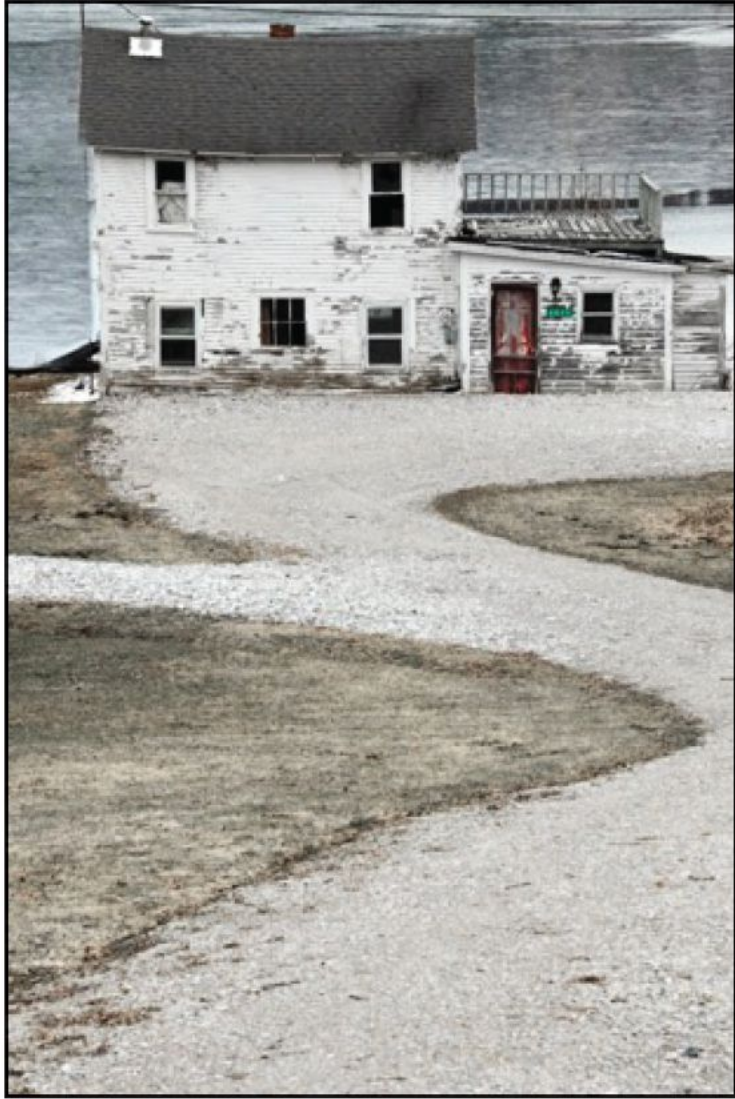
El perro amigo de la niña está siempre en su caseta de madera. Es parte de ella, o la caseta parte de él. Cuando mueve el rabo indica simpatía por quien se acerca y surge del cubículo un tamborileo contra las paredes que anuncia su conformidad para que pase, como si se tratara de una frontera. Si no hace esto, gruñe. En estos casos sale con la cabeza alta, mirada de las de a ver qué ocurre y recelo ronco. Si no conoce a quién va o viene a estas horas, se sitúa en mitad del camino, protegiendo a su amiga y ahí decide según la persona avanza o se para. A veces basta que le suene su voz y que la niña no se asuste para que ceda en su tensión. De todas formas, hace que el visitante guarde la distancia que el perro ha marcado con su imponente presencia. La mayor parte de los humanos sabemos de los perros que son blancos, negros, grandes y chicos. Todo de piel afuera. Por dentro, parecen conocernos al dedillo ellos a cada uno de nosotros.



## SONORA

En una serie televisiva dediqué un capítulo a los sitios vacíos: casas aisladas en el paisaje raso o pueblos enteros ayer habitados, vividos, ya abandonados. Desde lejos, los muros sin cobertura y las ventanas cerradas de la primera localización, daban al cuadro la impronta de haber sufrido su gente una huida por un acoso, una tragedia repentina, un andancio traidor o el simple paso del tiempo. Empujé la puerta, accedí al zaguán, a un pasillo en el que se abrían estancias sin muebles, y a la escalera, que me ofreció un panorama desde la altura de una cristalera tamizada de telarañas. Cerré los ojos, liberé lo imaginario y en la cocina escuché el ruido de los cacharros debatiéndose en la hornilla o en el fregadero; pasé a un comedor donde un coro de voces mudas cantaba soledades junto a la chimenea en la que ardía el tuero; de la tibieza de los cuartos surgían serenos respiros, profundos jadeos, risas dominadas; en el patio vi macetas con flores mustias que buscaban su color entre el chirriar de la carrucha del pozo, que subía el cubo a rebosar de agua y la vertía en cántaros para llevarla allí o allá. Al salir de la casa me preguntaron si la elección del escenario había sido positiva. Dije: *Totalmente*, aunque sólo quedaran los ecos, estelas que se resistían a testificar las ausencias, a ahondar en los silencios. Rodamos y, días después, ya en la sala de montaje, surgió en la banda sonora una misteriosa canción de fondo que nadie supo de dónde venía. Seguramente, del pasado.





## BOTAVARA AL PAIRO

Nada dice más que un rostro. Lo talla la vida como si quisiera añadir datos a su obra, retocar trazos, responder a sus preguntas. Si el gesto es la unidad expresiva más pequeña que tenemos para comunicarnos, el rostro es el maestro de este lenguaje que no suena. De niño me tocó ir a pescar gambas con un *chipichanga* apodado el Mudo. Recuerdo que aquel hombre tenía tanta hambre que se las comía en la barca crudas y vivas. Creo que en varias ocasiones llegó a chascar hasta la cáscara. Pero no voy a eso. Voy a que en el puerto atracaban barcos de muchos países y el Mudo, que nunca dijo su nombre ni de donde era, se acercaba a la borda, salía el cocinero, él le enseñaba la canasta de varetas de olivo donde las llevaba y se ganaba lo que fuera. Hasta ahí podía ser así en barcos de países que frecuentaran la costa, pero a él le daba igual la nacionalidad: vendía a todos y las que comía y me daba eran un restillo que iba quedando al fondo de la cesta. Yo no las comía crudas; me llevaba mi parte a casa y mi madre las cocía y las compartíamos. Pues este rostro es como el del Mudo, sereno, tocado en la vista por un accidente, hablando sin pronunciar palabra, siempre entendible. En aquel tiempo pensé que cuando pasaran los años yo sería escritor para poner estos trazos de su vida en mi cuaderno de dos rayas. Esta es una página. Sé que dejó los remos y puso una vela; sé que un día de viento, la botavara al paio le golpeó en la nuca y hubo revuelo en las casas de la ribera porque lo traían por la orilla tapado. Hablo del Mudo, al que este rostro me lo ha recordado tantos años después.



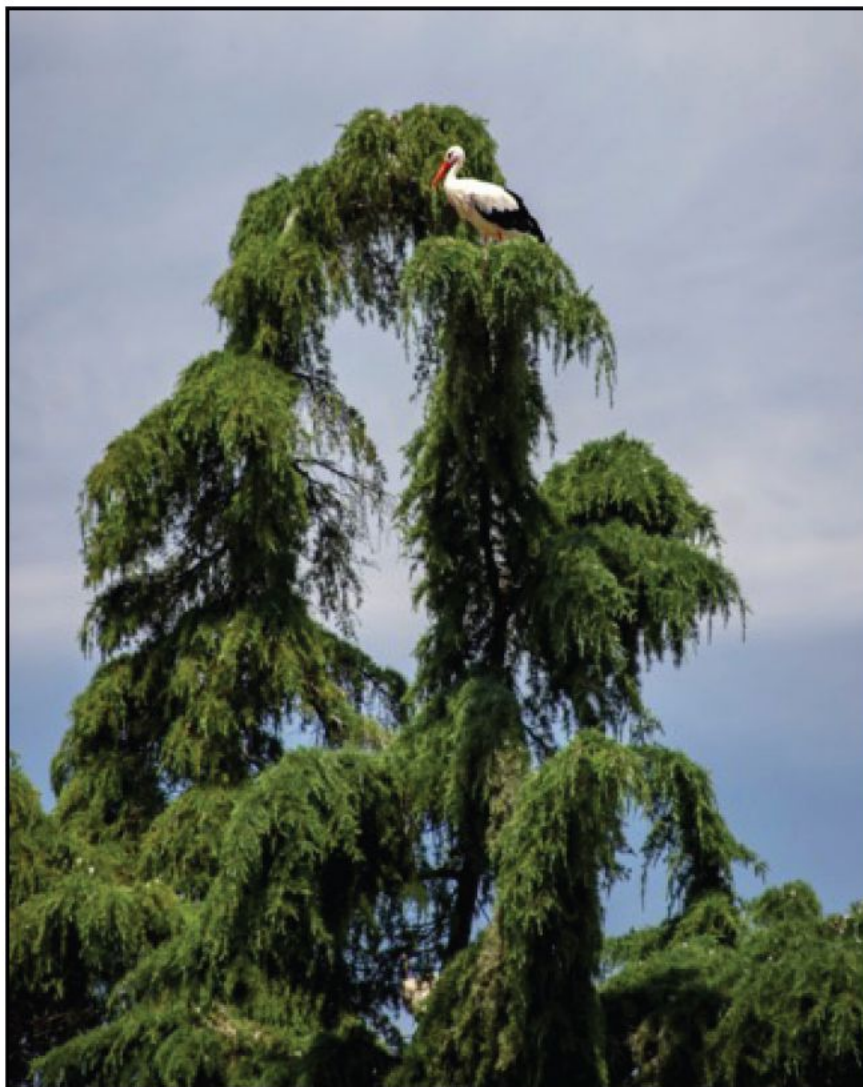
MUCHO BUSTO.  
EL BUSTO ES MÍO.

El caballero se quedó en busto en plena calle tras pregonar sus batallas. Ajeno ya a la prisa o a que el mundo sea mejor ante su nueva imagen, sabe lo inútil que es intentar huir del Destino y se ha parado a ver el paso de la humanidad para responderse cómo se sobrevive sin ser destruido. El perro sigue como estaba, pero él pasó a ser busto sin perder su rango externo de palomilla, traje cruzado, barba, bigote y mirada ida para darse esta pausa en la que igual descubre una luz en los asuntos que nos opacan. Por dar al pensamiento un tono ceremonioso, comparte su gesto frío con las piezas desechadas que lo acompañan, entre las que merodea el perro, extrañado del enredo del amo, que no habla, ni se mueve, lo que dificulta que lo entienda el mundo que pasa como si fuera a algún sitio, ya que existe, aunque ignore para qué se existe. Deseo que se canse, tire el disfraz y entre de cuerpo entero en la taberna a tomarse un tinto, aunque igual prefiere seguir siendo un referente de la nada, saque o no algo de ella, sin afectarle que, quien lo vea al pasar, crea que carece de vida interior por ser un busto.



## INSTANTE

Un instante representa lo fugaz, lo efímero. Nace y muere. En este caso, es pasto del impulso de esperar al gran pájaro blanco que viene a posarse para decir con el poeta: “Soy ese recuerdo que vas a tener un día”. Un instante es ráfaga de vida que pone en el paisaje un tono imprevisto, una mota distinta al color dominante. Si el ayer conserva los instantes que no volveremos a gozar, el futuro tiene los instantes gozables que quedan por vivir. Entre un tiempo y otro, el presente es el instante supremo; un regalo donde se aprietan pasado, presente y futuro como eslabones de una cadena que sabemos dónde empieza, no dónde acaba. La cigüeña entra en el cuadro como un milagro alado y, sin saberlo, ilumina el verde intenso que rodea su mundo y el nuestro. Su presencia dice más que un compendio de discursos en 12 tomos y un prólogo. El ave anunciadora de vida nos indica el rango de un instante y que nada es superior a verlo pasar, tarde lo que tarde, mida lo que mida; formará parte del sentirse vivo en una porción de latido. La imagen trae el instante en el que nos fundimos con la naturaleza merced a un pájaro blanco llamado cigüeña, cuyo perfil esbelto destaca en el verde y crea el mágico instante que está ante nosotros ahora mismo.



## DOS FIGURAS SENTADAS A LA MESA

—Y cada bote con su historia.

—Se cuenta que el tío Bernabé, antiguo dueño de esta botica, llamada así por la cantidad de botes que atesoraban las virtudes de las plantas, tenía fama de buen yerbero, o sea, de conocer para qué servía cada planta, pero a veces se le iba la cabeza y cambiaba la sal por el ajo, dando disgustos sonados. A un fray, que tenía el vientre duro y no evacuaba desde hacía cuatro días, le recetó un potingue que lo hizo estar con el pene tieso qué sé yo el tiempo, sin que lo del vientre se le calmara, al revés, fue a peor y anduvo el hombre más allá que acá; no tenía edad para el calentamiento interno que sufría, y le daba corte porque a través de la sotana se le notaba el bulto. Y esto fue porque coincidió que un vecino se casaba y pidió al boticario un bebedizo para estar en forma óptima varias noches seguidas; ya me entiende. Y lo que le dio por error fue el potingue para evacuar. O sea, que el novio se casó, tomó el brebaje cambiado y puso la cama de pena; y el fray anduvo con el rabo tieso y el vientre duro al mismo tiempo. Era lo que se contaba del tío Bernabé, al que la gente iba como si acudiera a una rifa, a ver qué le tocaba.





gpr -17

gpr

## RELINCHOS

*Yo tenía un caballo bayo,  
que me costó un dineral;  
ahora lo ando vendiendo  
por lo que me quieran dar.  
Esa es la pena que tengo.*

*Caballo que a los tres años  
ve una yegua y no relincha,  
o es que no come cebá,  
o no le aprieta la cincha  
o es que no sirve pa na.*

*A mi caballo le eché  
agua de color veneno;  
Ahora mi caballo bebe  
agüita en su cubo nuevo.*

*Ya no bebe mi caballo  
hojitas de limón verde.  
No se las quiso comer.  
Mi caballo se me muere.*



## LA FLOR

Para A es una rosa seca, que no abrió del todo el capullo y quedó así, a medio camino de ser espléndida. Para B tiene el nombre de Galisteia. Para C es una labor artesana de láminas arrugadas de papel. Para D no pasa de adorno que está junto a las llaves. Para E es *algo* que ha visto desde la infancia sin que nadie se interesara por el derecho que le asistía a presidir la cómoda. Para F, un tiesto más estorbón que un día desaparece y ni se nota. Para G, un recuerdo traído de un viaje al sitio paradisiaco que está a interminables horas de vuelo. Para H, un símbolo del Pi y del Pa, y así, manivela va y viene, cada original versión hasta llegar a la Z valorando su postura de coronar un mástil endeble de cartón entorchado, verás cuando se moje, de fibra vegetal traída de la huerta virgen, o envuelto en hojuelas de lata moldeadas con primor por manos que cobran lo que cae para que cada cual se sueñe cerca de la leyenda del volcán invertido, lejana, inaccesible, impreguntable por qué es así, que igual habla y suelta algo que añadir al tema, que puede emparejarse de inmediato con la pregunta, honda y grande, que se formula el ser humano al plantearse qué hace en mitad del misterio de la vida. En el caso de la flor y las especulaciones sobre su origen, el poeta Juan Ramón Jiménez aconsejaría que la dejáramos estar, sin más toques, sin más repaso de escofina y lija para darle el sentido que pensamos que alberga, entre todas las razones, por una sola razón: porque *así es la rosa*.



## EL TELÉFONO DEL FIN DEL MUNDO

Echado y tranquilo, soy nada menos que el perro guardián de la cabina que está fuera de todas las ciudades, de todos los campos, de todos los sitios. A mi alrededor sólo hay silencio. No mostraré la cabina para que cada cual la imagine: la puerta ni abre ni cierra, el techo se llueve, es un colador donde la carcoma depositó la confianza de sus huevos, y del suelo sale de noche una rata, que mi gruñido espanta. Sin embargo, es cabina que conserva, aunque sin conexión externa, su alma: un teléfono por el que circularon malas o buenas noticias, frases de amor, avisos, urgencias, recados, amenazas y lo que cayera, teléfono sin hilo, perdido donde la casa más próxima queda a kilómetros, que no vale para los laberintos diarios, sino para algo mejor; hablar consigo. Aquí vienen en días nones gentes lejanas y esperan turno para acceder a la cabina a gastar tiempo haciéndose preguntas sin respuestas. Nadie percibe la conversación, pero a quien está en ella se le ve reír o llorar a través del cristal roto, más ligero de equipaje al dejar en el aire el lastre sentimental. Quien conoce el prodigio y viene a menudo con algo para mantenerme, no divulga su ubicación. A quien quiera llegar le basta con sentir placentera la soledad buscada merced al teléfono en su vieja cabina, sin límite de tiempo ni monedas al canto. Placer del que puede sacar en limpio que el ser humano no está solo: es solo.



## SÍMBOLO

Dijo un sabio que la evolución no la paraba nadie. No fue tras un impulso intelectual, sino ante una imagen que le recordó el misterio de la vida, sin precisar hacia dónde iría la evolución, sólo convencido de su inevitabilidad como de la venida de la cigüeña al inicio del año con su halo de vida, parejo a nuestro nacimiento. Existe el refrán “Quien sanjuanea, marcea”, porque por San Juan se celebraban más bodas que otros meses: se *sanjuaneaba*. Era final de las faenas agrícolas, se cobraban alquileres “de San a San Juan”, y las fiestas mágicas tomaban rango. Los grandes mayos, los penes-pinos se clavaban en la tierra para propiciar su fertilidad: viejo ritual del coito sagrado, y quienes participaban en ello adquirirían su fuerza, sus ganas de vivir, de dar vida, de amar, para que, a los nueve meses –marzo, marcea–, trajera la cigüeña la nueva promesa en un paño colgado del pico. Se le atribuyó su transporte desde un más allá claro a este más acá confuso, cruzando fronteras desconocidas. En medio del caos, la vida se abría camino, florecía. No había que exprimirse la mente para ver que la evolución no se paraba. Era ayer. Hoy no sabemos qué trae el tiempo que asoma su patita, pero aquí estamos, mirando a la cigüeña que va, viene o se queda como símbolo en el sentido de que la vida brota hasta en el nido en una columna antigua. La cigüeña es sagrada, como la golondrina, pero hay quien destruye a ambas. Sagrada, como la esperanza, pero siempre hay alguien dispuesto a cortarle las alas.





## PASO A PASO

No sabe en qué lugar colocarse. Extraviado del cuadro general, caído de su sitio, impotente para hallarse a sí mismo, el ser humano busca inquieto un norte. Llega a uno, abre la puerta y desaparece dentro. Quien lo observa piensa que su destino es brillante, que su gestión solucionará problemas, que lo que firme va a ordenar el mundo, que en el almuerzo recibirá sugerencias, revisará proyectos, dará toques magistrales a mil ideas, asistirá a reuniones para decidir asuntos que moverán las pirámides, y que agotará las horas de luz repartiendo consejos en una cola. Puede que regrese a su casa al lubricán, y que en el trayecto lea la prensa en un esfuerzo por controlarlo todo. Se le ve en aeropuertos, estaciones y la calle y, al dibujarse su prisa ante la pasividad ajena, se le nota aire de ir a un destino alfa y omega, en misión trascendente, o igual lo que pretende es llegar a fichar, o coger un trasbordo, o alcanzar una película antes de pillar al malo, o sentarse a la mesa mientras la sopa está tibia o nada de lo que un observador desocupado pudiera suponer. Sea lo que sea, no hay salida; por más que corra, o pinte la vida de despachos, traslados, importancias, desayunos de trabajo, con o sin diamantes, o reuniones olímpicas, desde el más chico al más grande, el único camino que ofrece la existencia es el de ir la nada a la nada.



## CUESTIÓN PERRUNA

No sé quién es el fotógrafo –piensa el perro–, creo que se llama Gerardo. Igual nació aquí, se fue, se dejó la sombra olvidada en una acera y quiere recuperarla. Seguro que si la encuentra saltará de asombro porque los humanos son así: saltan si encuentran su sombra, estallan de alegría al tener de nuevo ese otro yo, esa nada que nos sigue según se sitúe el sol, que se achica y se agranda al dar un giro y que se esfuma cuando el astro se esconde. Quizá le pregunte qué ha hecho en este tiempo, a quién ha acompañado, si ha sufrido la soledad o si se ha sentido más o menos sombra que con él, que evitaba los charcos para no mojarla, aunque la martirizaba con las contorsiones subiendo o bajando escaleras. Lo que ocurra a partir de aquí, hoy por hoy es una incógnita; ya es raro que una sombra abandone al dueño, aunque sea fotógrafo. Podría ser la noticia del año para vocearla porque ¿a que estaría bien hacerle una entrevista a la sombra para saber la verdad del asunto?



## MÚSICA EN CUALQUIER LUGAR

Le conté a quien endulzaba la calle con su acordeón que encargaron a Vivaldi una obra en la que cada miembro del clan encargante quería que su instrumento (de música) tuviera protagonismo en la partitura, digamos óboe, tambor, violonchelo, trompa... hasta completar el *caprichómetro* musical. Y el Mozart latino no se estresó; compuso un magno *Concerti con multi instromenti*, con las entradas justas para contentar a todos, quedando él con su arte intacto, fresco, maravilloso. ¡Grande, tío! Parece ser que lo que hizo fue sumar piezas sueltas ya escritas y adaptarlas para la ocasión. Ocurriera más o menos así, lo cabal fue que Don Antonio resolvió el brete con la gracia y el genio de quien sabe torear en cualquier plaza, por humilde o monumental que sea. Se lo conté a la música que tocaba una melodía de su país en otro escenario callejero. Al principio me miró con asombro y luego empezamos a reír, a reír y a reír sin que ni ella ni yo supiéramos por qué reíamos.



## COMO UN JUEGO

Los perros callejeros buscan comida y pareja. El resto cuenta menos; saben bien que la esencia está en el pote y la ternura de la camada, por ese orden, sin entremeter esto o lo otro, sino la vida misma. El perro viejo dice al nuevo que prefiere ser perro y no amo, porque el amo se miente tanto, está tan instalado en su engaño, que no advierte que busca lo mismo que el primer chuchó que pase por delante: comer y amar, aunque lo disimule tras bambalinas de fábula con juguetes que igual le costaron lo que ni tenía. Los perros miran con pena a los amos cuando llegan a casa nerviosos, se pegan al teléfono y despachan lo que han estado tratando durante toda la jornada, como si estiraran la hebra a través del hilo, todo, para sacar en limpio un hueso más o menos grande que los que se roen, y una compañía más o menos apetecible que las suyas. A los perros les duele que los amos revistan algo tan sencillo con trajes tan complicados, y tienen la esperanza de verlos caer del error para volver a la normalidad de vivir, simplemente vivir, nada más que vivir, sabiendo que es el gran juego en el que están perdiendo creyendo que ganan.





## CANCIÓN AL LUBRICÁN

La mandolina acompaña con  
aire triste mi canto,  
han rebotado los tonos  
y pare sones extraños.

Lleva de una orilla a otra esto  
que siempre he cantado, que  
acá se entiende paíto, allá, por  
contra, muy alto. Las manos  
visten arrugas para camino tan  
largo,  
y no escapa una sonrisa  
de este rostro tan opaco.

El sentimiento, en silencio, viaja  
tan bien guardado, que, si al  
descuido se expresa, sólo será  
eco lejano.



## MÁGICO

No quiero que me vean ni que me dejen de ver. Los dedos de mis manos hacen de cortina que se abre y se cierra lo justo para que suceda lo que me convenga en cada momento. Uno que pasa parece interesado en retratar mi pelo blanco con el fondo negro del interior de mi casa; de ahí no pasará. Tiempo atrás estuve en Calcuta y vi que incineraban un cuerpo en la orilla del río Ganges. El que pasaba quiso hacer una foto de la pira ardiendo y los familiares del finado le dijeron que no, porque el espíritu que ascendía en forma de humo quedaría preso en la cámara sin alcanzar los espacios sagrados de sus creencias. Hoy, viva y coleando, un paisano al paso ha querido hacerme un retrato en el marco de mi ventana. En vez de negarme, los dedos de mis manos han controlado la trama del fotógrafo, dándome la visión entera de quien iba a visionarme a través del objetivo y, a esta hora de este mes de este año, ni él sabe quién soy ni yo sé quién es él. No era cosa de cortar el impulso de alguien que se fijó en mi pelo blanco destacando en la opacidad del fondo de la sala, aunque también diga que no quiero que me vean ni que me dejen de ver. Lo uno no quita lo otro. Mis manos suelen ser cortinas que filtran lo justo para que suceda lo mejor en cada momento. Es la vida.



## A TU MENESTER, QUE ES LO QUE SABES HACER

El vecino se sienta con el zapatero junto a la tapia del cementerio de Larache, donde reposan los restos de Juan Goytisolo y Jean Genet, a decirle cómo hacer su trabajo, cosa que el artesano no comparte y le cuenta, como respuesta prudente, la historia de un dicho que griegos y latinos sacaban a la palestra para advertir que no se enjuiciara lo que no se entendía. Ya Marcial, Máximo o Plinio citan a Apeles, pintor en Grecia, tan atento a la crítica que hacían de su obra, que mostraba un lienzo en la plaza pública y él se escondía detrás para escuchar los comentarios. Pasó un zapatero y observó que una sandalia del personaje pintado tenía un claro error. Al quedarse a solas, Apeles se fijó, vio que era cierto el detalle y lo corrigió. Días después volvió el zapatero y, al ver subsanado el defecto, se vino arriba como crítico y añadió que la figura de la sandalia estaba mal hecha, obra que había sido valorada por todos como modélica. Ahí saltó el pintor: *Ne sutor ultra crepidam judicet: Que el zapatero no juzgue más allá de la sandalia*; resumiendo: *zapatero, a tu zapato, o a tu sandalia*. Al zapatero de la imagen que cuenta esto le pregunta el vecino *cómo sabe tanto*. *Le responde* que porque lee mucho, vende poco, no habla en balde y le cunde el tiempo libre para aprender de los libros, entre los que uno de un poeta español, Arriaza, trae un soneto que cierra en síntesis una charla vecinal a media mañana:

*Ante los ojos del concurso Griego  
puso Apeles un rasgo de su mano;  
era la copia del Pastor Troyano,  
causa fatal del memorable fuego.*

*Consultaba el Pintor con blando ruego  
los votos de uno y otro ciudadano:  
censura la sandalia un artesano,  
y el divino pincel la enmienda luego.*

*Entonces lleno de soberbia el necio  
pretende hacer ridículo aparato  
de todo su saber, y en tono recio*

*Censuró lo más bello del retrato;  
pero Apeles volviendo con desprecio  
le dice: Zapatero a tu zapato.*



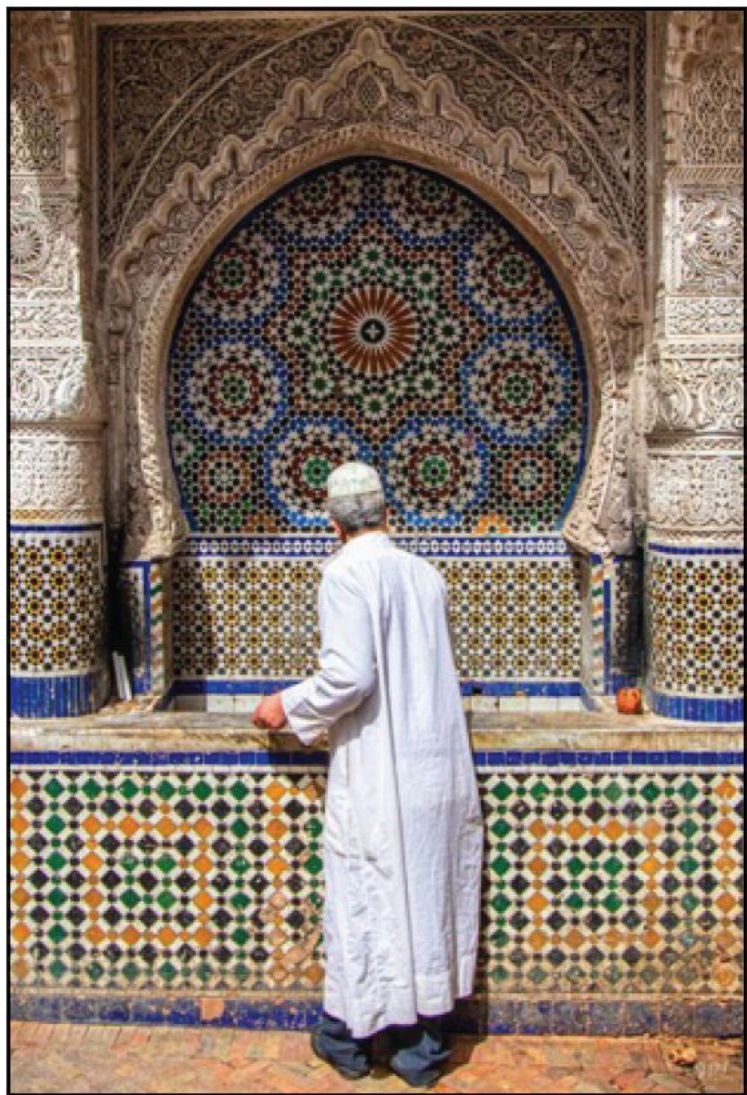
## HACIA EL MAUSOLEO DE ALMUTAMID EN AGMAT. MARRAKECH. MARRUECOS

A una muchacha salida de un libro sagrado le pido de beber en el camino a Agmat. El padre sale, me da un cucharro de corcha, me indica la fuente y me dice que me la beba toda. Ella se ríe y a mí me suena la situación a la copla de mi pueblo lejano:

*Dame agua de tu noria  
que vengo muerto de sed.  
Jesucristo, por beber,  
le dio a una mujer la Gloria;  
yo te daré mi querer.*

Tienen una *Haima* repleta de objetos de barro. Bien se dice: si paras, compras, porque la habilidad del mercader anula la que creías tener tú para sortearlo; si no discutes, no eres buen comprador. La regla es que lo que te pida por un tiesto lo divides a la mitad; ahí empieza el *chalaneo*. Difícil es que te vayas de vacío. Su tope es si te ofrece algo y desvía tu atención al agua, por ejemplo. Luego llego al Mausoleo de Almutamid Ben Abbad, en Agmat, donde rodé hace meses un documental sobre el poeta. Aquí yacen él, Rumayquiya y una hija. Zaouit Abdelkrim es su guarda y recita poemas de Almutamid como si revivieran en la emoción de su voz tantos versos escritos en árabe en el zócalo del recinto, que abre sus puertas al nacimiento del Sol, como un templo levantado al Amor y a la Poesía. Aparte de lo escrito en los muros, parece flotar la voz de Rumayquiya diciendo el final de un poema: “*Ya estoy para siempre junto a él. Dejadme en paz*”.





## EL LEÓN TRISTE

Viene al pueblo un camión que abate un lado y deja ver una jaula con un león triste, unas hierbas como decorado, dos bombillas en su papel de estrellas y una lona de cielo; de asientos, unas tablas en desorden a unos metros de distancia. Los dueños sacan un altavoz para decir que traen: “¡Lo nunca visto!”, pero a pesar de tan formidable oferta a puro grito, no logran vender una sola entrada. Como me da qué sé yo estrenar su taquilla y verme a solas en la grada mientras en la supuesta pista actúan la familia y el león, me acerco a decirles que, por mí, no se molesten en saltar ni en disfrazarse, sino que me permitan ver a la fiera un rato y en paz. Por la noche viene a verme Dolores hecha un sofoco buscando a su perra canela y me pide que la acompañe a denunciar su pérdida. Por el camino veo que desmontan y tapan el llamado circo a toda prisa para llevar a otro sitio “¡Lo nunca visto!” y observo al pasar que el león triste anda engolfado en destripar algo semejante a una perra canela. Ajena a ello, Dolores pone la denuncia ante un guardia que escribe en el impreso el extravío de la perra y pregunta a la dueña si va a dar dinero a quien la encuentre. “¿De dónde lo saco?”, contesta ella. Guardo silencio ante el trágico e irreversible paradero de la perra para aliviarle asombros a la dueña y por evitar que piense mal de los leones tristes.



## EL ARTISTA DEL FUEGO

Entre los artistas discretos hay uno que, mientras el resto de los mortales va a la oficina o al taller, se sitúa en mitad de la vida, pista de circo o calle, enciende una antorcha: su herramienta, y come fuego: su verdad. Si le echan monedas en la lata que tiene como caja, recoge la ganancia, reposa lo justo y reinicia el peligroso juego. Así lleva años, una eternidad, sin ofrecer a cambio maravillas, sólo dejar constancia de que lo que le quema la entraña no es ese fuego que se ve, sino el del mal reparto de lo que hay en la alacena común del mundo. Por eso se expone al riesgo, seguro de no quemarse más de lo que está. Su gesto es un muestrario de la quemazón del paro y de todos los paros, de un sueño y de todos los sueños. Quienes se asombran al ver que el fuego entra en su boca y sale sin que se queje, le aplauden o susurran que es un engañabobos. Es cuando este “artista de todas las hambres” toma dimensión y cede a los dudosos la antorcha para que comprueben la verdad o la mentira. Los críticos, rabo entre piernas, se esfuman a lomos del silencio; otros, valoran la defensa de “su” verdad como si fuera “la” universal. Él no se quema porque no pregona falsas promesas, ni redenciones, ni futuros de ensueño, ni más ambición que la del palo que aguanta su vela: sobrevivir. Si acaso, durar dignamente. Enjuiciar lo que hacen los demás es deporte favorito del catálogo humano. En el circo ambulante de la Humanidad, siendo todos a la vez actores de pista y espectadores de grada, destaca la rara actuación de este artista, que pone todo su ser en el fuego y no se quema.



## EL COSECHADOR DE PALABRAS

Según Tegnér, el Joven, no se sostiene que la lengua haya estado unida a los sonidos desde el principio. El gesto pudo desempeñar un papel autónomo tan importante como estos, y los movimientos gestuales pudieron ser formas para hacerlos salir de nosotros. De ese expresarse con las manos, los ojos, la sonrisa, dice Ford en su *Manual para viajeros por el Sur de Iberia*, donde la agitación corporal va pareja con la imaginación [...] que para hablar bien hay que ser algo mímico, lingüista, ágil de ojo y agudo de oído para casar acción y palabra. Nada más lejos de una Naturaleza muerta; ni siquiera una pantomima fue nunca un diálogo de sordos. Señalaba Demócrito que las palabras eran las sombras de los actos. Los oficios más básicos suelen tener en su titular el germen de un diccionario de palabras de andar por casa, y más, si es curioso, como el buhonero retratado por Gerardo, que las sabe y esparce por donde pasa, o sin ser curioso: vale con buhonero. El gesto es la espita de seguridad de la energía acalorada sureña, de su temple. Una discusión amigable puede parecer una lucha a muerte si la comparamos con la flema usada al debatir en Inglaterra asuntos importantes. Más jaleo hay en un pesquero español que en un buque de guerra inglés. Un tira y afloja de precios por un pollo bastan para imaginar un mercado a tope. El viajero ha de valorar que sus ojos, brazos y dedos son parte del lenguaje para que le atiendan. Sumemos a eso las palabras que traen pegado el aire del pueblo en el que fueron dichas. Al ver cómo pasa la vida tan callando y se lleva en cada generación su tributo de ellas, o por caer en desuso, o por ser sustituidas por signos, o por otras palabras que dicen lo mismo con otros sonidos, desaparece una riqueza común creada, trabajosa en ganar, medrosa en poseer, llorosa en dejar, como lamenta el maestro Correas, lo que sugiere que, si el habla es algo que late y sus depositarios dan fe de ello, los cosechadores o trabajadores de las palabras, los académicos entre ellos, son el exponente vivo del temor a la pérdida de semejante tesoro.



## DISPARATE

Vino a esta parte del mundo a dar un curso de una semana, que se redujo, por exigencias presupuestarias, a una síntesis de una tarde, siguió bajando hasta la media hora y, al final, quedó en un rato de charla con la guardia, todo, para soltar el discurso con el que habría de convencer al auditorio de la importancia del evento, basado en la *bartibé de la bagange*, o sea, en la necesaria presencia del agua en la navegación. El local era amplio, de calle entera, y estaba vacío. Aun así, colgó su cartel, cuyo gesto de asombro seguiría en la fachada hasta que otro ocupara la tribuna. No es que el público no tuviera voluntad de asistir, sino que había huido de la ciudad al saber que un orador idóneo les daría el cante de prometer hasta meter, y ya metido, adiós a lo prometido, y eso que se sortearían vales gratis para el sicólogo, y que se abordaría la clave de por qué el agua mojaba si te caía encima. Vio raro el decorado, y pensó que, al ser él un elemento distinto a las formas dominantes, podía aportar algo al acto. Pero sospechó por un detalle inesperado que todo era falso y decidió irse y no asistir más a sitios así, no porque la guardia le pidiera que le explicara lo que no sabía, que era el discurso, sino porque le advirtió que el acto no era en esa ciudad, ni en esa calle, ni a esa hora, y que allí no iba nadie a hablar jamás porque no había nada que decir. Fue un día duro y cosas así crean desazón. Duelen.





## ASÍ O ASÁ

Grita, se desfoga, se desprende de la mascarilla, le sale un ser extraño en el esfuerzo, un demonio, un animal de cuatro patas por la boca, se recuesta en el quicio para no perder el equilibrio, lanza un lamento, se desespera, una llamada de socorro, un ay infinito, acaba de cazar un gambuso en plena naturaleza y empuja con el aire que expele a algo similar a un ratón, o un perro chico, asustado, es una voz a toda pastilla diciendo a alguien que vuelva, o avisando al camarero, harto de esperar un té, una cerveza, un bocadillo de calamares, un buzón, una sardina, un laberinto de boquerones, pregunta a la concurrencia si son las dos y si el almuerzo está listo, advierte al que acaba de pasar que él está primero en la cola del pan, si sabe alguien a qué hora viene el autobús para no cae ahora dónde, de chico, vivía tanta gente en su casa que sólo chillando le atendían, protesta porque las cosas no son como a él le gustan... y todo lo que quien lo vea en la imagen sea capaz de figurarse que hace o dice este buen tipo, sentado en la puerta de una galería de arte, en Beacon, New York, con el que habla Gerardo para retratarle, echar un cigarro y reír de alguna ocurrencia como la de preguntar ¿tiene usted reloj? y dice el otro ¡noj!. Escena que fue como la cuento o totalmente al contrario, más o menos, así o asá.



## LA CAMPANA CANTA PARA TODOS

Vas por el campo, pueblo a lo lejos, suena la campana y lo que te resta hasta alcanzar la primera casa se llena de sensaciones. Los recuerdos toman dimensión y la mente regresa al ayer a buscarte. Ya es milagro que te haga sentir que eres parte del pasado y que te salga al paso el pulso que creías perdido. Se quebraba el silencio, el eco se colgaba del paisaje y era un ir tuyo hacia todo, un venir de todo hacia ti. Estremecía si era la campanona; la esquila inquietaba a los cigoñinos de la espadaña. El metal decía: fuego, duelo, oficios. Al caer la tarde se respiraban creencias, supersticiones, melancolía, y un huido veía en un gorrión a esa hora mal augurio; se libraba del gavián y caía en la lechuza; si la golondrina moría dejando crecidos sus pollos, era porque el finado por el que doblaba la campana escondía ganancias. Llevarse la campana a una fragua lejana para refundirla era puro lamento hasta que volvía con su voz grave, cóncava, espantadora de truenos, avisadora de fuegos.

*Las ánimas han dado  
mi amante tarda,  
alguna picarona  
lo tiene en casa.*

Al toque de ánimas cesaba el trabajo y el mozo iba a ver a la prometida, si era la primera vez, para pedirla ante un testigo de respeto, quedando como un palo de serio ante los suegros. Estaban los toques de ángelus, vísperas, difuntos: tres de final si era hombre, dos, si mujer, angelitos al cielo y trapos al arca si era criatura, por si mañana había otra cuna que mecer, sin tañer a rebato para no romperla. El primer toque de misa advertía; el segundo, para el camino y al tercero había que estar en el reclinatorio. Ya digo, lo suyo era una conversación constante con la gente del pueblo. Casi un idioma.



## LA PUERTA

Aquí estoy yo, con mi sombrero blanco, mi sonrisa puesta, mis zapatos de brillo y mi traje de Corpus, enmarcado en mi puerta, representación de mi yo. Toda puerta es una señal de quien vive dentro, de cómo es; puerta con su estilo de adornos, su firmeza, su presencia. Si la puerta hablara, haría la Historia de los sitios, mediría el pulso de sus dueños, de quien entra, de quien sale, de los cortejos amorosos en el límite del umbral, frontera de lo público y lo privado. Una puerta cerrada no quiere intromisión externa; abierta, prefiere que se produzca. Puerta a la que llamar en tiempos difíciles, puerta a la que llamó el cartero con las buenas nuevas, el de la leche, el del pan nuestro de cada día, y la tragedia. Puerta, en fin, de la casa, del corazón de la creencia, a la que Lope de Vega le dedica uno de los sonetos más bellos jamás escritos:

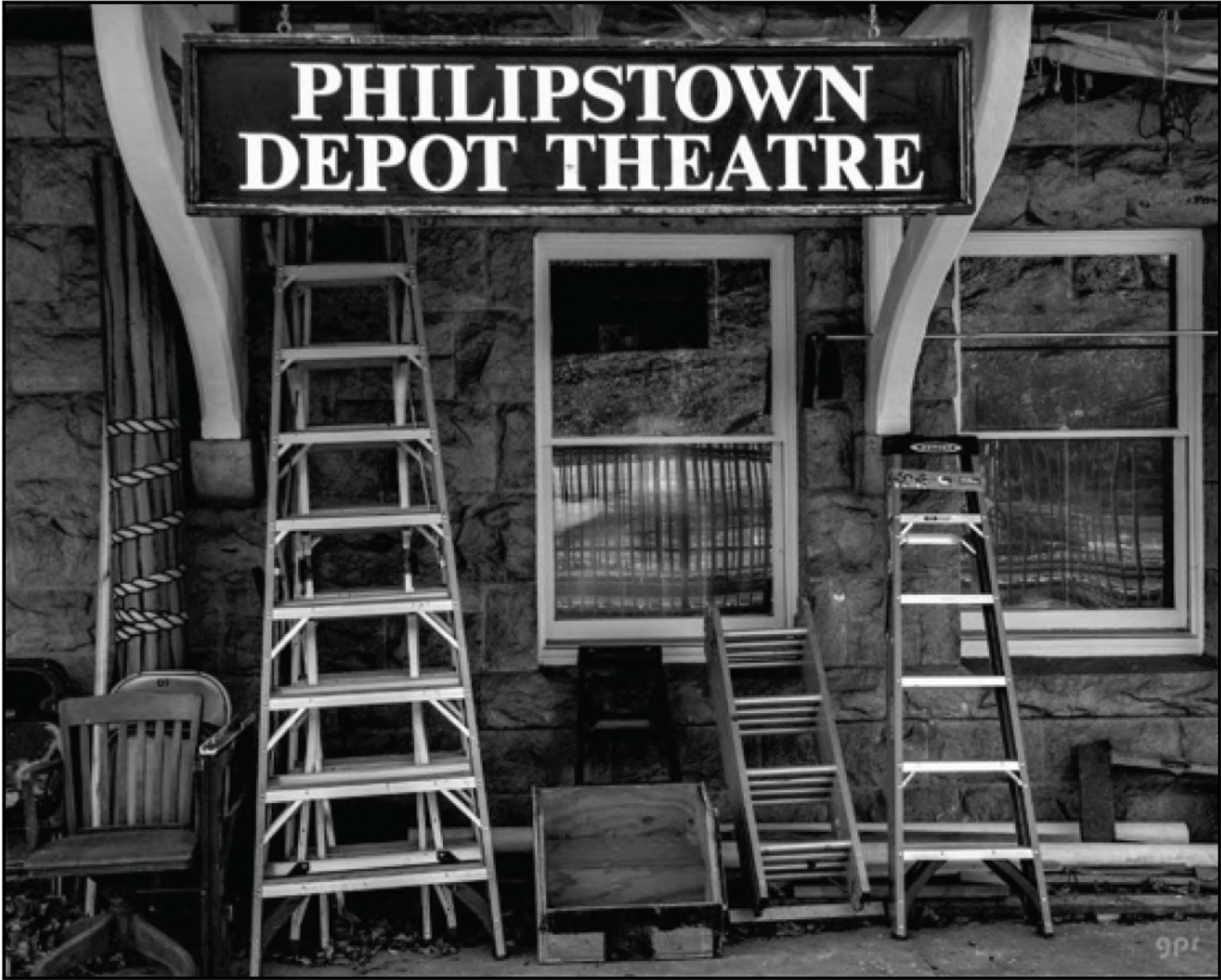
*¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?  
¿qué interés se te sigue, Jesús mío,  
que a mi puerta, cuajada de rocío,  
pasas las noches del invierno oscuras?  
¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,  
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío  
si de mi ingratitud el hielo frío  
secó las llagas de tus plantas puras!  
¡Cuántas veces el Ángel me decía:  
“Alma, asómate agora a la ventana;  
verás con cuánto amor llamar porfía!”  
¡Y cuántas, hermosura soberana,  
“mañana le abriremos”, respondía,  
para lo mismo responder mañana!*



## TEATRO

Cuenta la leyenda que en esta sala se representó hace años una obra en la que, quienes actuaban, tenían que crear su propio argumento mientras caminaban hacia lugares insólitos, para lo que se proveyó a cada miembro del elenco de una escalera portátil para subir a los árboles y alimentarse de frutas en el camino. Dicen que fue muy emotivo el momento en el que, a toque de silbato, el grupo dio el primer paso de salida de lindes a cuerpo gentil, sin reivindicar nada, tal afición había. Después emprendieron la marcha otros con el mismo propósito, siendo tal el entusiasmo despertado en la vecindad, que mil almas se sumaron al proyecto, aunque nunca se recibió aquí noticia de la llegada de alguien a algún lugar, siendo la única señal la de una ristra de escaleras abandonadas en el trayecto, varias de las cuales se devolvieron al pueblo para apoyarlas en la fachada de la sala, demostrando al mundo que no había sido un arranque imaginario, sino que el arte seguía flotando en el ambiente. A estas fechas, el regidor prefiere que no se actúe más y, para recordar aquel evento, ha nominado una calle en su honor, entendiendo que unas escaleras expuestas en una pared no iban a justificar las ausencias por sí mismas, por bien que pudieran estar quienes se atrevieron a semejante proeza. Para tomar estas medidas, ha valorado la opinión de los expertos en coeficientes empíricos de compensación sobre que, desde entonces, ha aumentado el turismo en un uno por ciento, que, de seguir así de ascendente la tendencia, en una década podría alcanzar el dos; también ha cerrado la sala como centro de arte y ensayo para convertirla en almacén de escaleras, pues rara es la semana en la que no aparece otra, de lo que se deduce que nos espera un futuro esperanzador.





## ESTREMECE EL GENIO HASTA CUANDO HABLA

Le preguntan a Miguel Ángel (sólo cabe uno en cada milenio) por su técnica, su maña para sacar de un solo bloque una escultura: ¿para qué nombrar esta o aquélla? Responde: “Escojo la piedra, quito lo que sobra y dejo libre la imagen que estaba dentro”. Le preguntan a Picasso ante uno de sus cuadros cuánto tiempo tardó en culminarlo: ¿para qué nombrar éste o aquél? Dice: “Tres mil años”. El primero ha visto la figura humana dentro, esperando que la saque. El segundo sabe que desde Altamira hasta él ha pasado una eternidad. Se podría seguir el rastro de respuestas que se dan a las preguntas que se hacen. A veces, éstas salen al paso sin que haya preguntas, o sin que el oído las perciba. Cuando aquel príncipe de tez empolvada le dice a Mozart que a una obra suya que acaba de escuchar: ¿qué importa cuál? le sobran notas, el músico celeste que anduvo un tiempo en lo terreno, responde, no dando crédito a semejantes palabras: “¿Cuántas notas exactamente?” Fue enterrado en una fosa anónima en mitad de una tormenta terrible de cielos enfurecidos. Le preguntan a este artista callejero cómo se vale con su mano derecha. Responde: “Cojo la guitarra, me pongo a tocar y sigo. Lo demás, sale solo”- El Arte es un todo misterioso.



## PALABRAS, SÓLO PALABRAS

En un cuento dice A: “Si aciertas dónde voy montado, te lo regalo”. Responde B: “En un burro”. Le corta A: “Errado estás. No es un burro”. Entonces el animal rebuzna y B cierra: “Cierto; ¿en qué estaría pensando yo?” Trae Vercial en *Exemplos* que dos santones vivían en una celda sin discutir jamás, y dijo uno: “Tengamos pelea para saber qué es pleito. Ante un ladrillo, diga cada uno que es suyo”. Uno vio el ladrillo y dijo: “Mío es”. Respondió el otro: “Pues tomadlo”. Y no hubo discusión. En *Zifar* o en *El Refranero de Espinosa* viene claro: “Si uno quiere, dos no barajan”. Alcalá lo trae en *El Donado Hablador*: “Si dos coléricos van juntos, no habrá paz en su compañía si no tienen prudencia. Para un desabrido es necesario un pacífico que adelgace el enojo”. Aconseja Sancho Panza a un nieto: “Si te dicen que no eres hijo de tal padre, no lo disputes, que cuando uno no quiere dos no barajan, no seas como los perros de Zurita, que, cuando no tienen a quien, se muerden ellos”. Garay, en *Carta de un Gentilhombre*: “Pensé tener excusada con vos esta reyerta; porque cuando uno no quiere, dos no barajan”. Silva, en la *Segunda Celestina* hace decir a Poncia: “Madre, para esso es el seso, que sabes que cuando uno no quiere, dos no barajan”. Y en *La Tercera Celestina*, de Muñón, dice Oligides: “¿No sabes que cuando dos hablan, si uno se enoja y el otro no responde, es más sabio?”. Horozco, en *Teatro Universal*: “El que porfiado fuere / si los terceros lo atajan / hará lo que se requiere / que cuando el uno no quiere / entonces dos no barajan”. Zapata, en Silva: “He ahí mi espada; con la vuestra o con la mía, matadme. El otro saca la suya y se la da por la punta, las rodillas hincadas, pidiendo perdón por el enojo, abrazándose como hermanos. Si uno no quiere dos no barajan”. Lope, en *La discreta enamorada*: “Comenzó a tener sospechas; / puso un espantajo en casa, / para que el pájaro huyese / que al hortelano burlaba. / Busqué medios por vecinos, / hubo puertas y ventanas, / porque cuando quieren dos, / fácilmente se baraja”. Igual trae Gracián en *El Criticón*. Al hilo de tanta maestría en decir, bien viene leer a Miguel Hernández cuando dice: “Tristes guerras si no son las palabras”



## LA VIDA SECRETA DE UNA SILLA

Me llama la atención en Amsterdam el cuadro que Van Gogh dedica a una silla de su cuarto, un objeto que pasa sin más y que el artista valora como “su silla”. También una danza-juego que hacen en el Valle de Baztán, Navarra, en la que los danzantes giran en torno a un círculo de sillas, siempre una menos que las personas que intervienen, que, a una señal del txistularis, paran y pugnan por ocupar la que va quedando libre, hasta llegar a la última con su jugador sentado. En la Eglise de Saint Ephren, Paris, vacía a cierta hora, veo una silla solitaria ante el altar, que no tarda en ocuparla una joven que pasa a ensayar la Suite 1, BWV 1007, de Bach para Violoncello, pues tenía su concierto poco después. Igual la artista prefería que no hubiera un testigo del ensayo, pero se sienta en su silla y acomoda el instrumento sin importarle mi presencia. Alza el arco, toca y por primera vez asisto a un concierto para mí solo. Brota un universo dentro del Universo, las notas lo pueblan y ella permanece un momento con el arco bajo, cerrando, pensativa, y yo me quedo por si el milagro se repite. Pero no. Ella se oculta tras la cortina roja del frontal dejándome el misterio. En la foto de la página aparece una silla que se diría sin historia, en la que puede haber algo de la soledad de alguien que esperaba, o que leía versos, o que impartía una clase, o la recibía, o que cantó una vez que le estalló la alegría, o que lloró, o que una madre le susurró una nana al hijo para que se durmiera, en suma, que lo que pasó sobre ella fue su historia. Y todo lo narrado antes quedó envuelto en mi memoria en el eco de la belleza de Bach, con el regusto de un latido que tendré que escribir un día. Hoy mismo; ahora. ¿Para qué esperar?



## LA DUDA

El poema no es el límite. El lenguaje, sí. El poeta, nace. El orador se hace. No por mucho hablar se dice algo mejor. Hay silencios más elocuentes que sesudos discursos con prólogo, epílogo y notas al margen. El poema intenta rasgar la marca, ir más allá de lo pretendido. Es el lenguaje el que se para si no percibe más esencia que alcanzar, duda que abrir. Bendita la duda que acelera el latido, que crea un paisaje de niebla, que pinta el aire de lo inesperado, que define el escribir como enhebrar una aguja a ciegas. La duda fuerza a que te sientas por dentro, que te sitúes junto al abismo. Debemos lo hecho al esfuerzo y a lo que hayamos dudado en cada secuencia vital. El verso convierte el lenguaje en sentimiento. Al hilo de la duda y el silencio, dice José Manuel de Lara en un poema:

*No sé qué larga sombra de silencio  
entristeció la duda de tus ojos.  
Aquella luz, aquel abril contigo  
ahora sólo es agua del otoño.*

*Desconfiada y triste me preguntas  
por un amor que fue y quedó en nosotros;  
y, sin quererlo, anidan en mi sangre  
aquellos raros pájaros remotos.*

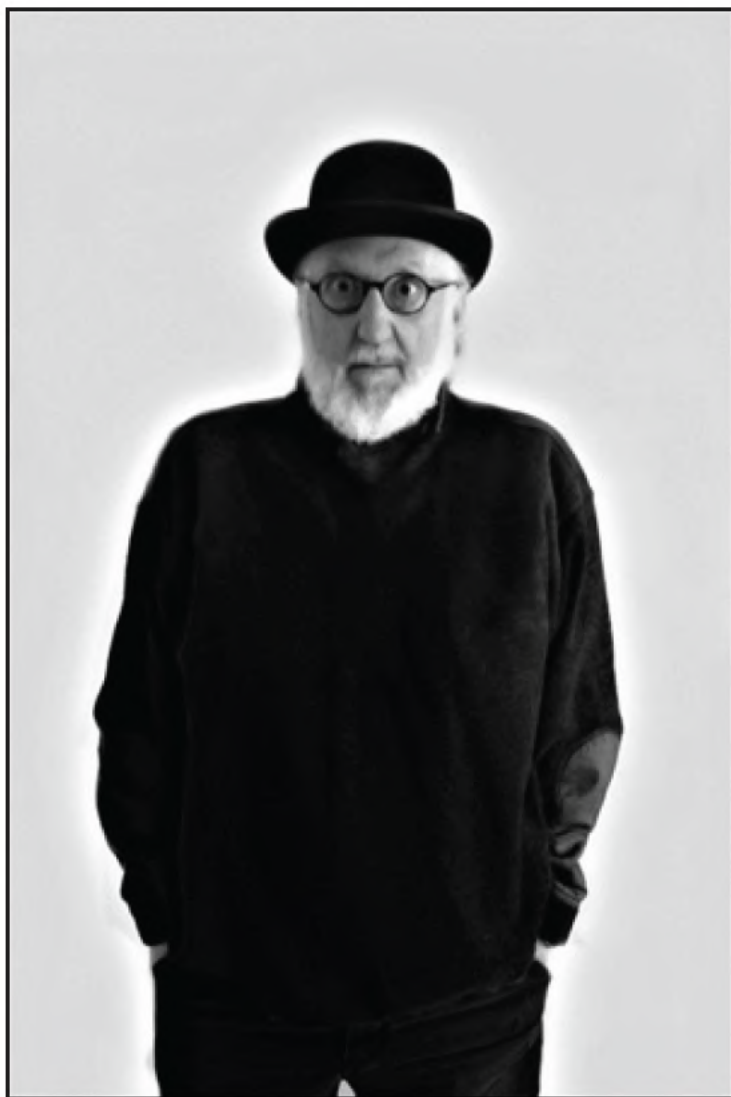
*Sé que la vida ha puesto, desde entonces,  
un algo sobre ti, que no conozco.  
Pero en tu modo inquieto de mirarme  
contemplo tu niñez, llena de asombro.*





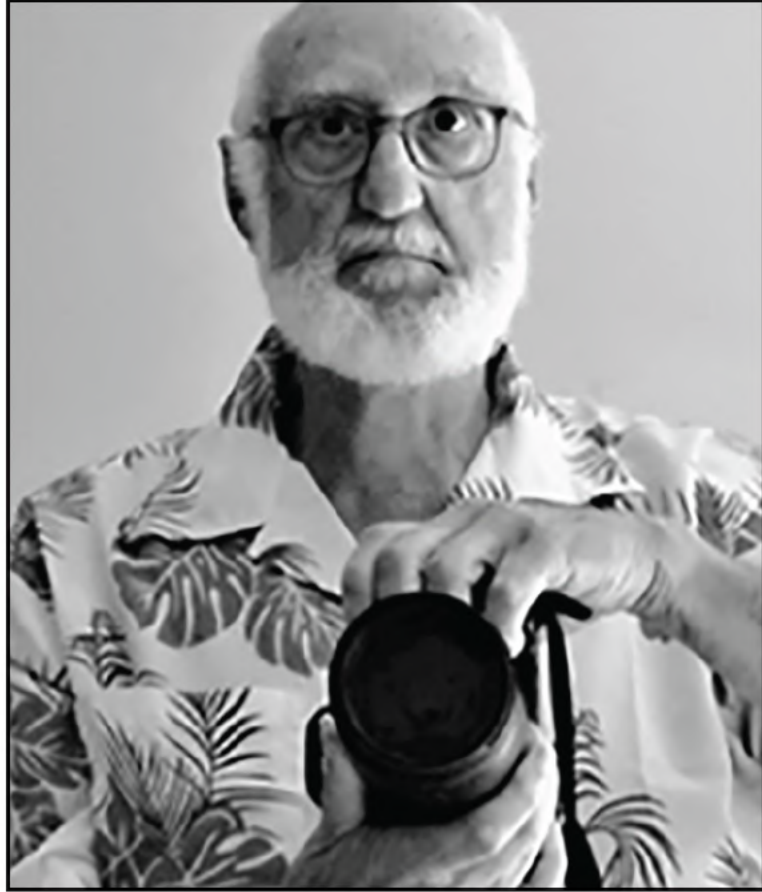
## AUTORRETRATO CON BOMBÍN

Podía ser el buen vecino que viene a avisar cortésmente de un salidero de agua que le afecta, por evitar la inundación, los resbalones por el pasillo, las goteras, la llamada al contestador automático del seguro –marque uno si es sí, marque uno si es no, da igual porque hasta el año próximo no le atenderemos, aprenda a nadar o compre un bote con remos–. Podía ser la tragedia y el yo qué sé que nos hace perder la mañana por haberla pasado de puntillas. Podía ser el señor que pregunta si vive aquí tal o cual persona a la que conoció en la linde del mundo para recordarle algo que era necesario hace cincuenta años y ya no importa. Podía ser el tío carnal que se presenta a deshoras y lo recibe el asombro familiar de no verlo ¿desde cuándo? Podía ser cualquiera, que viene a contarse a sí mismo que sigue siendo sí mismo a ver qué le parece. Podía ser, uno a uno, un infinito elenco de personajes dispuestos para una historia, siempre bella porque es lo que hay y la ventanilla de reclamaciones hace fiesta. Podía ser el que mira retador a la cámara por establecer una conexión entre el vivir y el sentido de la vida. Y podía ser el artista capaz de sugerir tanto y tanto en su fotografía de angelote con bombín sin siquiera sacar las manos de los bolsillos: Gerardo Piña-Rosales.





## SEMBLANZAS



## GERARDO PIÑA-ROSALES

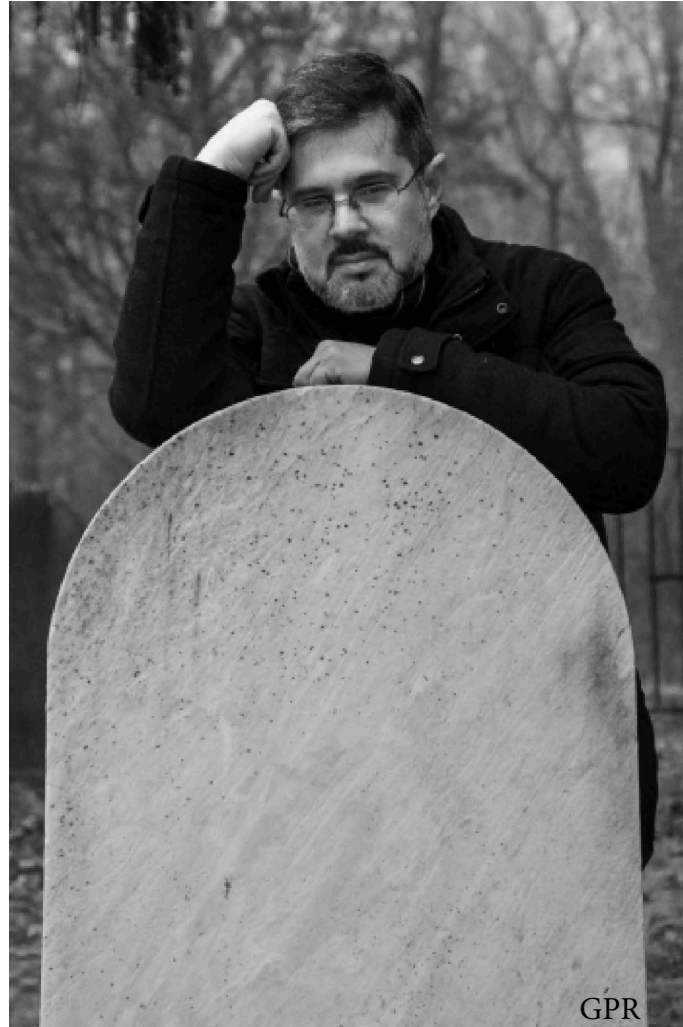
Nació en La Línea de la Concepción (Cádiz, España) en 1948, y emigró a Marruecos en 1956. Hizo estudios superiores en el Instituto Español de Tánger, en la Universidad de Granada y en la Universidad de Salamanca. Ya en Nueva York (donde reside desde 1973), se graduó por el Queens College de CUNY y se doctoró en el Centro de Estudios Graduados de esa misma Universidad con una tesis sobre la literatura del exilio español de 1939. Desde 1981 hasta 2017 (año de su jubilación) fue profesor de literatura española en la City University of New York. Es Miembro de Número de la Academia Norteamericana de la Lengua Española, que dirigió de 2008 a 2018; correspondiente de la Real Academia Española; de la Academia Panameña de la Lengua; de la Real Academia Hispano Americana de Ciencias, Artes y Letras, y de la Academia de Buenas Letras de Granada. Adicionalmente a su producción académica, entre sus obras de ficción destacan las novelas *Desde esta cámara oscura* (2006) y *Los amores y desamores de Camila Candelaria* (2014); y *El secreto de Artemisia y otras historias* (2016). En la actualidad, trabaja en una ambiciosa novela ambientada en el Estrecho de Gibraltar. Junto a su pasión por la literatura, Piña-Rosales ha cultivado desde muy joven la fotografía. En sus escritos, las fotografías no son meras piezas ancilares de la escritura, sino que poseen validez por sí mismas. Una parte de su amplia obra fotográfica se recoge en la web <https://www.pinarosales.com>





## MANUEL GARRIDO PALACIOS

Escritor y realizador, nace en Huelva, en 1947. A partir de su formación en dirección cinematográfica ha dedicado su actividad a la de guionista y director de televisión (NHK de Japón, WDR de Alemania, TVE España). Sus series televisivas llevan la marca de la tradición popular: “Raíces”, “Todos los juegos”, “La duna móvil”, “El bosque sagrado”, “La Primavera en Doñana”, “Rasgos”, entre otras, y se han visto reconocidas con diferentes premios nacionales e internacionales. Entre sus libros de narrativa se cuentan: *El clan y otros cuentos: relatos* (Palma de Mallorca: Calima, 1998), *Viaje al país de las leyendas* (Valladolid: Castilla, 1997), *Noche de perros: relatos* (Sevilla: AR.Abelardo Rodríguez Ediciones, 1999), *Retablillo del aprendiz y el maestro* (Fuentehieridos: Libros de la Huebra, 2000), *El abandonario* (Palma de Mallorca: Calima, 2001), *Dos historias de amor* (Biblioteca española y americana, Editorial Corona del Sur, 2001), *El hacedor de lluvia*, (Palma de Mallorca: Calima, 2006). [https://es.wikipedia.org/wiki/Manuel\\_Garrido\\_Palacios](https://es.wikipedia.org/wiki/Manuel_Garrido_Palacios)



GPR

## DANIEL R. FERNÁNDEZ

Es profesor, investigador y crítico literario. Nació en la ciudad de Los Ángeles, California, y se crio entre México y los Estados Unidos. Comenzó sus estudios superiores en la Universidad de California, en Los Ángeles (UCLA), de la cual egresa en 1997 con una licenciatura en Lengua Española y Letras Hispánicas. Algunos años más tarde se doctora por la Universidad de Columbia (Nueva York). Actualmente es profesor de Literatura Mexicana e Hispanoamericana en la Universidad de la Ciudad de Nueva York (CUNY), recinto de *Lehman College*. Es miembro numerario de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (ANLE) y correspondiente de la Real Academia Española. En la ANLE se desempeña como Coordinador de Información y en la Comisión de Educación y la Comisión de Traducciones. Sus artículos y reseñas han aparecido en la *Revista Hispánica Moderna*, *Ventana Abierta*, *Ciberletras*, *Revista de la Academia Norteamericana de la Lengua Española (RANLE)* y otras revistas.





Este vigésimo segundo número de la serie mayor de la *Colección Pulso Herido*  
de las Ediciones de la Academia Norteamericana de la Lengua Española  
acabose de imprimir el día 11 de septiembre de 2022,  
festividad de San Juan Gabriel,  
en los talleres  
*The Country Press*,  
Massachusetts,  
Estados Unidos de América